



El poder de *Todas las Rusias*

La influencia de la identidad eslava y la identidad contrastiva
sobre la política exterior de la Federación Rusa

Alumna: Cristina Pérez de Lope

Titulación: Grado en Relaciones Internacionales

Director: Alberto Priego

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Madrid, 15 de junio de 2015

There is no world politics without identity, no people, no state, no international system.

Anthony Burke (2006: 394)

Agradecimientos

Quería agradecer de todo corazón a mi director, Alberto Priego, por ser un apoyo inconfundible durante todo el curso y haber creído en mi y en este trabajo desde el principio.

ÍNDICE

CAPÍTULO I.....	6
Introducción.....	6
Preguntas de investigación	7
Objetivos.....	7
Hipótesis	9
Marco temporal	10
Marco geográfico.....	10
Metodología.....	10
Estado de la cuestión	11
Marco teórico.....	22
Constructivismo.....	22
CAPÍTULO II.....	24
2.1 Identidad eslava	26
2.2 Identidad contrastiva	30
CAPÍTULO III	33
3.1 Identidad y política exterior de la Federación Rusa	33
Doctrina Militar del 2000	35
Doctrina Militar de 2010	37
Estrategia de Seguridad Nacional de 2009	39
CAPÍTULO IV	42
Casos de estudio: ejecución de la política exterior rusa en Crimea y Transnistria ..	42
Anexión de la Federación Rusa de la República Autónoma de Crimea.....	42
Relaciones exteriores entre la Federación Rusa y Transnistria	49
CAPÍTULO V	54
Conclusiones.....	54
Bibliografía.....	57

Lista de abreviaturas

CEI: Comunidad de Estados Independientes

CSIS: Center for Strategic and International Studies

ESN: Estrategia de Seguridad Nacional de 2009

OSCE: Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa

OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte

OTSC: Organización del Tratado de Seguridad Colectiva

UE: Unión Europea

URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

CAPÍTULO I

Introducción

El carácter que ha ido adquiriendo la política exterior de la Federación Rusa a partir de la desintegración del telón de acero es uno de los temas que más debate ha suscitado entre académicos y expertos dedicados al estudio de la región post-soviética. El presente Trabajo de Fin de Grado consiste en un análisis del impacto que la identidad puede tener en el rumbo que está siguiendo la política exterior de la Federación Rusa.

En el primer capítulo contextualizamos el tema de estudio y los objetivos que pretendemos alcanzar. Repasamos el estado de la cuestión, a través del cual definimos las principales fuentes de documentación empleadas y las líneas de estudio que se han seguido con respecto a la identidad, la política exterior y la relación que puede establecerse entre ambas variables. El segundo capítulo está dedicado íntegramente al análisis de la identidad en el ámbito de las ciencias sociales. En el análisis más específico de la identidad rusa nos centraremos en dos identidades concretas, la eslava y la contrastiva para delimitar nuestro marco de estudio. En el tercer capítulo, analizaremos la presencia de los elementos identitarios identificados en el segundo capítulo en tres documentos sustanciales de la política exterior rusa del siglo XXI: la Doctrina Militar del 2000, la Doctrina Militar de 2010 y la Estrategia de Seguridad Nacional de 2009. Será interesante comprobar cómo han evolucionado los intereses y objetivos estratégicos rusos durante la primera década del siglo XXI en compendio con los elementos de identidad eslava e identidad contrastiva. Este análisis nos mostrará la cara más teórica y doctrinal de la política exterior rusa. Por tanto, para entender el alcance que la identidad eslava y contrastiva tienen, o no, en la ejecución de la política exterior rusa post-soviética expondremos dos casos de estudio: la anexión de Crimea y las relaciones con Transnistria. A través de esta exposición observaremos si en la práctica las identidades eslava y contrastiva forman parte de la política exterior rusa.

Preguntas de investigación

¿Cómo se define la política exterior rusa post-soviética? ¿Es ofensiva o defensiva?

¿Es el carácter de dicha política exterior producto del expansionismo autoritario?

¿O es la respuesta a la imposición normativa de Occidente? ¿Qué significado tiene para Rusia y su seguridad nacional el antiguo espacio soviético?

¿Qué construye la actual identidad nacional rusa? ¿Qué impacto tienen los legados imperialista y comunista en dicha identidad? ¿Qué papel desempeñan las cuestiones metafísicas en la construcción de dicha identidad? **¿Qué efecto tiene la identidad rusa sobre la política exterior?**

¿Qué entendemos por Occidente? ¿Qué intención esconden las políticas occidentales en los casos del Extranjero Próximo? **¿Es la falta de confianza occidental hacia los planes internacionales de Rusia el detonante de la actitud regresiva del país eslavo?** **¿O tiene Rusia un carácter normativo que hay que contener para salvaguardar los intereses Occidentales?**

Objetivos

Los objetivos del presente estudio son:

- Repasar el debate académico en torno a la relación entre identidad y política exterior.
- Analizar como la identidad social interviene en la construcción de la política exterior de la Federación Rusa.
- Observar la influencia que la identidad eslava y la identidad contrastiva tienen en la construcción de la identidad rusa post-soviética.
- Ver la aplicación que los elementos de las dos identidades estudiadas tienen en la teoría, a través de los documentos oficiales de política exterior rusa (mediante el análisis de las Doctrinas Militares y de la Estrategia de Seguridad Nacional) como en la práctica, a través los casos de estudio sobre la anexión de la República de Crimea y de las relaciones entre Rusia y Transnistria
- Comprender el origen de los intereses y de los dilemas de seguridad de la Federación Rusa a través del estudio de ambas identidades.

Este estudio pretende demostrar que la identidad rusa es un elemento de gran trascendencia en la política exterior rusa. Queremos entender qué aplicación pueden tener la identidad eslava y la identidad contrastiva en la construcción de la política exterior rusa. Para ello estudiaremos las Doctrinas Militares del 2000 y de 2010, y la Estrategia de Seguridad Nacional de 2009, buscando estos documentos rasgos relacionados con la identidad rusa; y analizaremos la relación bilateral que ha mantenido Rusia en los últimos años con socios que tradicionalmente se encuentran fuera de la esfera de poder occidental (Crimea y Transnistria)

Dadas las connotaciones de este trabajo, estará entre nuestros objetivos encontrar una definición sobre la política exterior rusa a partir de las principales teorías académicas, y determinar si es revisionista o se orienta hacia el statu quo; si es activa o reactiva; a qué responde o cuál es su rol en el actual sistema internacional. También trataremos de ahondar en la naturaleza de la política exterior rusa post-soviética a partir de la identidad, para determinar qué papel desempeñan las cuestiones identitarias en su construcción.

No es objetivo de este trabajo resolver las contradicciones que rodean la compleja cuestión sobre la identidad rusa. Tampoco lo es definir o defender verdades absolutas. Para acotar el estudio, dado que la cuestión de la identidad abarca numerosos contextos personales e intrapersonales, analizaremos la identidad rusa a partir de dos identidades: la identidad eslava y la identidad contrastiva de Rusia frente a Occidente. A través de esta división práctica, se proyectará una realidad ideológica-metafísica de la identidad rusa y otra realidad más político-histórica, considerando estas como características especialmente relevantes en el estudio de Rusia.

A través del análisis de la política exterior y de la construcción y definición de la identidad rusa, buscamos comprender el alcance que la identidad puede tener en la construcción del carácter internacional de Rusia, o como la política exterior responde a unas ambiciones motivadas a partir de dichos rasgos identitarios. Se pretende, por tanto, demostrar que la identidad está presente en la construcción de la política exterior rusa, y así apoyar la autenticidad de la teoría constructivista y contribuir mínimamente al debate de la importancia que esta visión social de las Relaciones Internacionales puede tener en el estudio de las mismas.

Hipótesis

Este estudio pretende defender la hipótesis de que la identidad desempeña una labor fundamental en la configuración de la política exterior de la Federación Rusa. Desde el ascenso al poder de Vladimir Putin, la política exterior rusa parece haber tomado un rumbo expansionista a ojos de las potencias Occidentales. Esta tesina intenta ver más allá de los convencionalismos, y aspira a ahondar de forma crítica y documentada en la complejidad de la naturaleza de la política exterior rusa para comprender qué factores intervienen en su gestación.

Dados los objetivos de este estudio, la variable dependiente la forman la identidad eslava y la identidad contrastiva de Rusia como alternativa a Occidente. Dichos elementos derivan en una variable independiente, que en este caso será la política exterior adscrita al marco geográfico y temporal que delimitaremos en los siguientes apartados y estudiada a partir de las doctrinas militares del 2000 y de 2010, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2009 y el marco temporal de la anexión de la República de Crimea y de las relaciones con Transnistria.

Es objetivo de este estudio hallar la naturaleza de la identidad rusa post-soviética y de la política exterior posterior a 1991. Para ello limitaremos el análisis de la identidad al estudio del eslavismo y de los esfuerzos de Rusia por configurarse como una alternativa a Occidente.

Además, a modo de romper con los estereotipos sobre la Federación Rusa, es también fin de esta tesina intentar demostrar que no es el carácter de la política exterior rusa lo que amenaza la seguridad internacional, sino la falta de acercamiento y confianza entre Rusia y la Occidente. No pretendemos delimitar héroes o villanos, simplemente se trata de comprender las ambiciones y preocupaciones que ocupan al Estado ruso tras la desintegración de la URSS con respecto a su posición en el mundo. El desconocimiento, unido a la falta de comunicación, han llevado las relaciones entre Occidente y Rusia a un aparente callejón sin salida. De alguna manera este estudio, que analiza la naturaleza de la política exterior de un estado a partir de sus intereses vitales y sus dilemas existenciales, pretende aportar una visión crítica que exponga que las relaciones entre ambos bloques pueden mejorarse a partir de una relación entre iguales, es decir, si se rompe con la categorización occidental de Rusia como socio junior.

Marco temporal

Para que el estudio tenga sentido estructural, se ha decidido acotar el marco temporal a los años de los casos de estudio analizados y a las fechas de las Doctrinas Militares de 2000 y de 2010 y de la Estrategia de Seguridad Nacional de 2009. Por tanto nuestro marco temporal se limita del 2000 hasta el 2014.

Marco geográfico

El marco geográfico de la presente tesis está conformado por la Federación Rusa, pero también los estados que son parte, o que lo han sido, de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), es decir, el espacio post-soviético. Estos puntos geográficos, que van de la mano de la idea de las diásporas y del extranjero próximo, son uno de los ejes de la identidad nacional rusa y, por eso, se han incluido en esta variable de estudio. En los casos de estudio nos centraremos en la Península de Crimea y la región separatista de Transnistria.

Metodología

Para hallar la fuerza que tiene, o no, la identidad en la configuración de la política exterior rusa, se ha distribuido el trabajo en análisis separados pero interrelacionados para construir una investigación sistemática y homogénea. Así, se ha decidido realizar una parte más teórica sobre la identidad y la política exterior, empleando el método histórico, y después hemos aplicado el método comparativo tanto al análisis de los documentos de política exterior rusa (la Doctrina Militar de 2000 y 2010 y la Estrategia de Seguridad Nacional de 2009), que nos permitirán observar la presencia de las identidades estudiadas en el discurso oficial de la política exterior rusa; como a los casos de estudio de Crimea y Transnistria, cuyo análisis revelará la ejecución de los intereses reflejados en los documentos oficiales.

El método comparativo de las Ciencias Sociales consiste en llevar a cabo una comparación de casos de estudio para evaluar una hipótesis. Por tanto, nos sirve para evaluar los criterios empíricos de nuestro estudio. En este trabajo aplicaremos el método comparativo por un lado al estudio de la política exterior rusa a través de los documentos oficiales, y de su puesta en práctica a través de los casos de Crimea y Transnistria. En ambos estudios intentaremos determinar la presencia de elementos relacionados con la identidad contrastiva y la identidad eslava. El análisis comparativo

de los documentos será triangular, mientras que el de los casos de estudio será pareado. Este método nos ayudará a demostrar la veracidad de nuestra hipótesis, que es medir el impacto que la identidad tiene sobre la construcción de la política exterior rusa post-soviética.

Estado de la cuestión

Desde la desintegración de la Unión Soviética, la Federación Rusa se ha enfrentado a la ardua tarea de redimensionar su razón de ser. La dirección que han seguido tanto la proyección exterior como las políticas domésticas ha llamado la atención de académicos, instituciones, *think-tanks* y revistas de corte académico, que se analizan y repasan todos los aspectos de la vida política y social de Rusia en el siglo XXI. Para el conjunto de este trabajo nos interesa analizar el estado de la cuestión respecto a tres elementos: la cuestión de la identidad rusa post-soviética, la política exterior rusa post-soviética y la relación entre ambas.

Existen un gran número de revistas especializadas sobre Rusia, o que dedican gran parte de su contenido al análisis de este Estado, normalmente englobado por estudios regionales euroasiáticos o de Europa Oriental. Dado que este trabajo se centra en el estudio de la identidad y la política exterior, también nos interesan aquellas revistas que aborden temas de seguridad, defensa, identidad, cultura, historia y sociología. Entre las revistas centradas en la región de Eurasia y el Cáucaso destacan *Central Asia Journal* o *Central Asia and the Caucasus*, *Russian Life* y *Euro-Asia Studies*, que nos ofrecen estudios centrados en Rusia y el papel que desempeña como potencia regional. *East European Politics and Societies*, dirigida por Wendy Bracewell y Krzysztof Jasiewicz, engloba cuestiones muy diversas y amplía su zona de estudio a Alemania, Rusia, la región Báltica y los Balcanes. A pesar de tener un contenido más amplio, y poco especializado, temática y geográficamente, nos ofrecen una visión de conjunto sobre la región en la que convive Rusia. En el campo de la seguridad y defensa nacional destaca *The Journal of Slavic Military Studies*, que además de tratar en profundidad temas de política exterior, seguridad y defensa, también ofrece una perspectiva eslava sobre la cuestión militar. Para el estudio de la religión nos podemos remitir a la revista *Religion, State and Society*, que ha dedicado muchas publicaciones al estudio de la cuestión religiosa en Rusia y su relación con el Estado.

En el ámbito cultural destaca *Kultura (Russian Cultural Review)*, que es una revista online editada en alemán e inglés por la Universidad de Bremen, y que dedica su contenido al estudio y la difusión de la cultura, el arte y las tradiciones rusas. *SLAVONICA*, de origen escocés, también se dedica al ámbito cultural, aunque se centra en cuestiones lingüísticas y remite su marco geográfico a Europa Central y el este de Europa. También serán puntos de referencia *The Russian Review*, que ofrece una perspectiva estadounidense sobre Rusia; *Ab Imperio*, revista histórica, cultural y política; *Calvert Journal*, consagrada al arte; *Slavic and East European Review*, que aborda un sinfín de asuntos sociológicos eslavos; y *Russia in Global Affairs*, dirigida por Sergey Karaganov.

Además, existen numerosos centros dedicados a los estudios regionales de la Federación Rusa y que periódicamente publican artículos de interés. Es el caso de la organización independiente *Carnegie Moscow Center*, parte de *Carnegie Endowment for International Peace*, especializado en el estudio de la política de la Federación Rusa a partir de temas actualidad internacional, y portal en el que publican sus ensayos expertos como Dmitri Trenin, Alexey Malashenko o Lilia Shevtsova, entre otros. El *think-tank Center for Strategic and International Studies* también tiene un acreditado programa dedicado a Rusia y Eurasia (*Russia and Eurasia Program*), centrado en asuntos de política exterior, economía, energía y seguridad. En el CSIS de Washington publican sus análisis investigadores de la talla de Jeffrey Mankoff, Mike Faunda y Edward C. Chow. *Chatham House* también tiene un prestigioso programa sobre Rusia y Eurasia dirigido por James Nixey. La institución, en la que participan expertos como Bobo Lo, James Sherr, Roy Alixon o Richard Sakwa, se dedica tanto al seguimiento de cuestiones de actualidad internacional como a la investigación. El centro de Rusia y Eurasia (*Center of Russia and Eurasia*) de *RAND Corporation* también es una institución de referencia, dirigida por la analista Olga Oliker. Es importante resaltar que en estos centros, a pesar de contar con una variedad de puntos de vista respecto a los temas de actualidad internacional, suele predominar una corriente más eurocéntrica y atlantista. Esto quiere decir que los artículos tienden a ser bastante críticos hacia las políticas del Kremlin, especialmente a partir del ascenso de Vladimir Putin al poder.

Entre los centros de investigación rusos destacan *Council on Foreign and Defence Policy*, una de las organizaciones políticas más influyentes de Rusia, dirigida por las élites políticas y económicas del país y que tiene a Sergey Karaganov, asesor de

Yeltsin y Vladimir Putin, como director del centro. Los estudios de *Polity Foundation* también ofrecen una perspectiva interesante, entre otros motivos, por seguir una línea pro-Kremlin. Lo mismo ocurre con *Foundation for Effective Politics*, cuyo presidente es el aclamado politólogo Gleb Pavlosky, asesor de Vladimir Putin hasta 2011. Estas instituciones, al contrario de las mencionadas en el anterior párrafo, suelen partir de una postura bastante esclavófila o rusocéntrica, entre otros motivos, por las evidentes conexiones que mantienen con el Kremlin. Por lo tanto, podemos observar que en el estudio de la Federación Rusa existen corrientes o escuelas ideológicas dedicadas a defender una percepción muy concreta sobre el tema.

Además existen importantes centros de investigación adscritos a instituciones universitarias, la mayoría concentrados en Reino Unido y Estados Unidos. El *School of Slavonic and Eastern European Studies (University College of London)* es uno de más importantes. La institución posee una elaborada red de investigación, conformada por la publicación de artículos y libros académicos, y la organización seminarios y conferencias. Los alumnos de postgrado publican sus trabajos de investigación en *The Slavonic and Eastern European Review*, *Central Europe* y *Slovo*. Los proyectos de investigación de *Harriman Institute* de la Universidad de Columbia, de *The Russian and East European Studies Centre* de la Universidad de Oxford, de *Davis Center for Russian and Eurasian Studies* de la Universidad de Harvard y de *Centre for Russian, European and Eurasian Studies* de la Universidad de Birmingham, son también relevantes por el prestigio y recorrido que estas instituciones tienen en el campo de la investigación académica.

A parte de los autores mencionados por sus respectivos puestos en revistas académicas e instituciones dedicadas al estudio de Rusia, es importante subrayar la importante contribución que han hecho otros autores académicos y no académicos. Es el caso de la doctora Maxine David, profesora de *University of Surrey* especializada en política exterior y en la región del este de Europa, y co-editora de *Journal of Contemporary European Studies (JCER)*. Entre sus artículos, destaca el estudio elaborado en 2011 sobre las relaciones bilaterales entre Reino Unido y Rusia desde el final de la Guerra Fría. En España, aunque no exista una arraigada tradición académica adscrita al estudio de Rusia, destacan las aportaciones académicas de Javier Morales, editor del libro *Rusia en la sociedad internacional: perspectivas tras el retorno de Putin*, y de Carlos Taibo. De la academia india destaca Rajan Menon (1995, 2011), que en los

últimos años se ha centrado en el estudio de la crisis en Ucrania. Siguiendo el plano temático, Stephen Blank (2011) también ha contribuido bastante al debate académico sobre Rusia, especialmente en cuanto al estudio de las relaciones entre Rusia y la OTAN. Finalmente, es importante mencionar a Robert Service (2003, 2005), que ofrece una aproximación más histórica sobre Rusia; una perspectiva bastante popular en el estudio de la identidad post-soviética.

Fuera del ámbito académico, y por el alcance que actualmente tienen sus artículos y teorías, es necesario mencionar a Aleksandr Dugin. Siendo uno de los autores sobre geopolítica que más alcance tiene en Rusia, Aleksandr Dugin desempeña un papel fundamental en el avivamiento de la doctrina neo-euroasiática y el debate geopolítico sobre el cometido cuasi-divino encomendado a Rusia. Asimismo, en este mismo plano mediático es importante destacar a otros expertos como Gleb Pavlovsky y Sergey Markov y la labor que desempeña la plataforma *LiveJournal* como medio de comunicación en Rusia.

Pasando al estado de la cuestión las principales teorías e ideas defendidas entre los académicos del estudio de la política exterior rusa y la identidad post-soviética, es de esperar que nos encontremos con un sinfín de hipótesis, argumentos y opiniones discordantes sobre estas cuestiones, entre otros motivos, por la cantidad de instituciones adscritas al estudio de Rusia.

El sistema post-soviético surge tras la caída de la URSS en 1991. Este evento inaugura una nueva etapa social y política, durante la cual se tendrá que hallar un nuevo enfoque para lidiar con la cuestión multinacional y multiétnica que caracteriza a Rusia, y para configurar puntos de unión nacional a partir del desarrollo de una identidad común. Y es que, ¿qué es Rusia a partir de 1991? Son muchos los que defienden que la Rusia de hoy es la prolongación de dos sistemas, la reconfiguración física de un país que tradicionalmente arrastra un legado histórico y cultural presente en todos los aspectos de su vida pública y privada. Alena Ledeneva (1998) lo define como una especie de estado-régimen, construido sobre los pilares del comunismo, del sistema de *nomenklatura*. Boris Kagarlitsky (2002) describe el sistema inaugurado por Boris Yeltsin como una revolución capitalista y no comunista. Lo cierto es que, tal y como apunta Philip T. Grier (2003), el día que de repente desapareció la URSS, se esfumaba

también la justificación de los sacrificios y el sufrimiento de tres generaciones, lo que enfrentaba al país a un gran reto identitario.

La identidad rusa post-soviética tiende a estudiarse a partir de la identidad nacional, aunque esta abarque mucho más. Para exponer la compleja realidad del estudio de la identidad, podemos partir de las definiciones de los expertos más tradicionales. Anthony Giddens define la identidad del yo como «el yo entendido reflejamente por el individuo en función de su propia biografía» (Giddens, 1991: 294). Manuel Castells construye su propia concepción de la identidad a partir de la visión de Giddens, pero argumenta que la globalización de nuestra era de la información acentúa que el individuo se aferre «a su identidad como fuente de sentido en sus vidas» (Castells, 2003: 1), lo cual invita a la persona a refugiarse en nacionalismos, religiones, etnias, tradiciones, lenguas u otros rasgos identitarios para hallar ese sentido de seguridad y pertenencia.

Philip T. Grier (2003) en su estudio sobre la Idea Rusa hace una descripción tradicional por niveles de la identidad. El nivel más específico es la identidad personal, y el más amplio la identidad nacional. Entre medias encontramos rasgos identitarios como la familia, la raza, la etnia, el clan, la tribu, la religión, las sociedades institucionales y demás grupos sociales y culturales que denoten un sentimiento de pertenencia. En su enfoque, Vera Tolz (2001) distingue cinco identidades post-soviéticas. En primer lugar, está la Unión, que es una concepción maximalista sobre Rusia como país destinado a mantener un estado multinacional. En segundo lugar, define la identidad eslava, que es la concepción de la nación de los eslavos del Este, cuyas tradiciones y lenguas se asemejan, y que en su gran mayoría son Cristianos Ortodoxos. En tercer lugar, identidad nacional de ciudadanos ruso-parlantes, en cuarto lugar la identidad racial, que es la unión entre personas de raza rusa y finalmente la identidad civil, que, según Tolz, es la que fomenta el Kremlin desde 1991.

En contraposición, Valery Tishkov (2008) hace tres caracterizaciones de la identidad nacional rusa; en primer lugar Rusia como estado multinacional, en segundo, Rusia como el estado de personas de etnia rusa (*ruskii*), y en tercer lugar Rusia como conjunto de ciudadanos que comparten una misma lengua y una misma cultura

(*rossiianin*), tal y como ocurre en el caso de los turcos y los túrquicos¹. Siguiendo la misma línea de Tolz, Tishkov discute que el Kremlin promueve esta última concepción civil e histórica de la nación rusa. Asimismo Dmitry Shlapentokh (2013) subraya la importancia que tiene la historia de Rusia, y el uso político que se haga de esta, en la configuración de la identidad nacional post-soviética. El autor explica que efectivamente a nivel gubernamental prevalece el modelo *rossiianin*, pero que la Rusia contemporánea está compuesta por numerosas identidades ideológicas, entre las que destacan la euroasiática, la eslavófila y la Occidentalista, seguidas de todas sus subcategorías.

La caída de la Unión Soviética tuvo un fuerte impacto sobre la conciencia nacional rusa, entre otros motivos, por la consecuente pérdida de una cuarta parte del territorio soviético. Además, la URSS era un estado multiétnico que basaba sus principios identitarios en la ideología y la proliferación de la lengua rusa. Anatoly Lieven (Lieven, 1998) indica que este tipo de estrategias sobre la identidad étnica se remontan a los tiempos del imperio. La identidad imperial se empleaba para menguar la identidad étnica hasta el punto en el que ésta dejaba de formar parte de la identidad nacional. Cuando la URSS se disuelve, esa concepción nacional, esa identidad colectiva, desaparece y deja un vacío que despierta una duda existencial entre la sociedad rusa: ¿quiénes somos como nación? La fórmula imperialista o comunista ya no funcionan, y la nación necesita encontrar respuestas a las que aferrarse, un objetivo común para mantener la unidad. Algunos académicos defienden la idea de que el Kremlin utiliza desde 1991 la exaltación de una identidad nacional creada a partir del legado imperialista y comunista a fin de mantener la unidad de *Todas las Rusias*. Para demostrar este argumento, Duncan se remite al análisis de símbolos nacionales y alega que desde el ascenso al poder de Vladimir Putin en el 2000, el Kremlin ha fomentado una identidad nacional que fusiona los elementos positivos de cada periodo histórico de Rusia, especialmente del imperialista y el comunista. Según el autor, esto queda patente en los actuales símbolos nacionales como la bandera, el himno nacional y los días festivos, un análisis que también realiza Oksana Anotnenko (2008).

¹ El término turco se refiere a los ciudadanos parte del Estado de Turquía, mientras que el término turquico es de carácter etno-lingüístico y designa a aquellos pueblos de norte y el centro de Eurasia cuyas lenguas provienen del túrquico.

Raquel Freire (Freire, 2014, 2009) y Licinia Simao (Simao y Freire, 2008) , añaden una perspectiva bastante interesante con respecto a esta idea al defender que según el contexto, la situación o la eventualidad, una identidad puede ser más poderosa que otra, por lo que el Kremlin emplea un juego pragmático de identidades para maximizar su poder. Según Freire, el Kremlin puede permitirse la licencia de ejercer este juego dada la complejidad a la que se expone la simple definición de la identidad rusa (Freire, 2014).

En su análisis sobre la identidad Grier también subraya la importancia que tiene la comparación entre naciones en el proceso de identificación, es decir, emplear la diferencia para ahondar en la comprensión de nuestra propia identidad (Grier, 2003). Peter J. S. Duncan alega que la distinción entre un *Nosotros* (Rusia) y un *Ellos* (Occidente) es una herramienta recurrente para mantener la cohesión de un pueblo multiétnico, una técnica para reforzar la identidad nacional (Duncan, 2005). Y es que en la sociedad rusa conviven más de 100 grupos étnicos diferentes, a pesar de que la etnia rusa se mantenga como grupo dominante. La compleja diversidad cultural y racial obliga a que se creen unas estructuras de unión que vayan más allá de la raza o la etnia.

En el campo de las Relaciones Internacionales destacan las investigaciones de Yosef Lapid y Friedrich Kratochwil. En su artículo *The Return of Culture and Identity in IR Theory* (Lapid et. Kratochwil, 1995) los autores defienden que la identidad moldea la forma que adquieren los valores e intereses nacionales, que son los que marcan en tempo de las políticas, destinadas a proteger o fomentar estas ideas. Esto tiene un impacto sobre la política exterior de los estados, que van a mantener un tipo de relación o posición respecto a otros estados en función de la intervención que hagan estas identidades en la construcción de intereses y objetivos. Otro autor que ha hecho grandes contribuciones al debate de la identidad y las Relaciones Internacionales es Felix Berenskoetter (2010), que en su tesis *Identity in International Relations* repasa la evolución del estudio de la identidad en compendio con la evolución de las escuelas de relaciones internacionales. Berenskoetter, a pesar de llevar un excelente trabajo de síntesis, proyecta una visión un tanto reduccionista sobre la identidad al vincularla únicamente con la nación y el estado (Berenskoetter, 2010). Esta forma de categorizar la identidad es bastante frecuente entre académicos de las Relaciones Internacionales, una cuestión que ha sido criticada en numerosas ocasiones, como veremos más

adelante. Otros autores de referencia son Richard Ned Lebow, que parte de una perspectiva más Kantiana (Lebow, 2008), William Bloom (Bloom, 1993) e Iver B. Neumann (1996).

Entre los estudios de política exterior rusa en relación con cuestiones de la identidad, encontramos una gran variedad de perspectivas académicas, aunque tiende a predominar la vinculada a los nacionalismos. Douglas T. Stuart (2008) ofrece una sistematización del estudio de la política exterior y, basándose en el trabajo de numerosos académicos, afirma que el proceso de toma de decisiones en política exterior únicamente se puede entender a través del análisis de la interacción entre la nación y su espacio. Es por ello que en este ámbito de las Relaciones Internacionales encontramos un sinnúmero de variables que intervienen en el proceso de la toma de decisiones, una variedad de niveles que pueden ir desde el peso del liderazgo hasta la influencia de la identidad nacional.

Según la perspectiva de Luke March (2011), la relación entre los rasgos identitarios y la política exterior varía en función del enfoque teórico. Si seguimos la línea constructivista, podemos comprobar como esta teoría de las Relaciones Internacionales encuentra la correlación entre los intereses extranjeros de un país y el nacionalismo doméstico, es decir, la identidad nacional. No obstante, el enfoque realista tiende a percibir a Rusia como un estado pragmático, cuya política exterior responde a una arraigada tradición en materia de seguridad, consecuencia del peso de la historia (March, 2011). Siguiendo esta línea de argumentación, Astrid Tuminez (2000) afirma que tanto en la Rusia Imperial, como en la soviética, se daba una clara prioridad a los intereses estatales, por encima de los nacionales. Por lo tanto, Tuminez alega que durante el curso de su historia, por su naturaleza multiétnica y el carácter autocrático de su tradición política, Rusia no ha sido capaz de crear un nacionalismo que trascienda a la política exterior (Tuminez, 2000).

Luke March afirma que en el caso ruso las autoridades fomentan una mezcla entre nacionalismo estatal pragmático y conservador y nacionalismo étnico-civilizacional (March, 2011). Ronald Asmus (2009) percibe el cambio en el paradigma de la política exterior rusa a partir de 2008 como la respuesta a un sistema que no velaba por sus intereses y que había sido impuesto durante una época de debilidad transitoria, refiriéndose a los años posteriores a la disolución de la URSS. Y es que como bien

apunta Mikhail Molchanov (2002), remitiéndose al caso de las relaciones bilaterales entre Ucrania y Rusia, la cuestión de la identidad tiene la capacidad para dirigir las políticas exterior y de defensa de los Estados. Molchanov alega que el nacionalismo ruso es la consecuencia del impacto que tuvo el desarrollo post-comunista en la dinámica del país (Molchanov, 2002).

En su análisis sobre la política exterior rusa post-soviética, Jeffrey Mankoff (2009) explica que Rusia parte de su auto-determinación como Gran Poder y que, por lo tanto, su política exterior se centra en construir un sistema internacional que responda a esas ambiciones; es decir busca un sistema que puedan controlar todos los grandes poderes en contraposición al sistema hegemónico estadounidense u occidental (Mankoff, 2009). Por lo tanto, Rusia posee una política exterior independiente a la occidental, una percepción diferente de la seguridad internacional, que según Mankoff se ven reflejadas a la perfección en la retórica empleada en los documentos de política exterior, como el Concepto de Política Exterior y el Concepto de Seguridad Nacional (Mankoff, 2009: 12-13). Raquel Freire (Freire, 2014) se aleja un poco de esta concepción únicamente multipolar de la política exterior Rusa y defiende que en realidad hoy en día se ejerce una política exterior pragmática, multivectorial y multilateral que busca instaurar un sistema internacional multipolar apoyado sobre el derecho internacional y las organizaciones internacionales que lo protegen.

Otro de los elementos más discutidos en el marco de la política exterior rusa es la histórica rivalidad Occidente-Rusia y la influencia que esta tiene en la construcción de la identidad rusa y su política exterior. Simon Franklin (2010) utiliza el concepto de identidad contrastiva para referirse a la diferenciación entre el *Nosotros* y el *Ellos*, una división que en el caso de Rusia y Occidente se remonta a la segmentación Cristiana entre la Nueva Roma y la Antigua Roma. En el estudio de las relaciones entre Este y Oeste es esencial tener en cuenta que el debate que suscita la cuestión religiosa, ya que suele hallarse en el trasfondo de muchos de los intereses y de los valores que cada bloque pretende difundir, tal y como apunta Robert C. Blitt (2011) en su análisis sobre la influencia de la Iglesia Ortodoxa Rusa en la política exterior de la Federación Rusa. Como indica Grier (2003), en el caso de Rusia, esta división ha sido, y sigue siendo, el combustible de tres grandes corrientes: la occidentalista, inspirada inicialmente por la política de Pedro el Grande y posteriormente desarrollada Pyotr Chaadev, Mikhail Bakunin, Vissarion Belinsky y Aleksandr Herzen; la eslavófila, con I.V. Kireevsky y

Aleksei Khomyakov como sus máximos exponentes; y la eslava, con las teorías de Danilevsky y la literatura de Dostoievsky a la cabeza (Grier, 2003). Otros autores como Irina Semenenko (2013) también atribuyen esta división a la posición geográfica de Rusia entre Europa y Asia. Otros autores, como Andrew C. Kuchins e Igor A. Zevelev (2012), optan por divisiones menos ideológicas entre pro-occidentales, grandes equilibradores del poder y anti-occidentales. Lo importante, según ellos, es comprender que la diferenciación entre Occidente y Rusia existe y que esta expresión tiende a partir de la identidad rusa.

Además, a la luz del carácter constructivista del presente trabajo, también es interesante que abordemos el concepto de cultura estratégica introducido por Snyder en 1977, que resalta la importancia de la identidad en la construcción de la cultura estratégica de los estados. Entendemos por cultura estratégica la forma en la que los estados crean e implementan sus políticas militares y de seguridad. Snyder defiende que en el proceso de toma de decisiones entran en juego el sistema de creencias y de valores sociales, así como la historia y la narrativa (Snyder, 1977). Por tanto, las identidades colectivas participan en la construcción de las políticas en este ámbito, pudiendo definir lo que es o no vital para los intereses nacionales, cuales son los límites de dicha política, la urgencia en la toma de decisiones y el carácter con el que se van a implementar las estrategias (Sheehan, 2012).

Como ya hemos mencionado, en los casos de estudio repasaremos la presencia de elementos identitarios eslavos y contrastivos en la política exterior rusa durante la anexión de la República de Crimea en 2014 y la política exterior de la Federación respecto a Transnistria. En el estudio de los procesos que llevaron a la anexión de Crimea existen una variedad de divergencias académicas, ya que la anexión se enmarca dentro del conflicto de Ucrania. Por un lado, encontramos académicos y analistas que criticado el papel desempeñado por la Unión Europea, la OTAN y la diplomacia estadounidense en Ucrania. Entre ellos se encuentra John Mearsheimer, académico realista ofensivo, que en su artículo *How the West caused the Ukraine Crisis*, publicado en *Foreign Affairs*, denuncia las imprudentes acciones occidentales en Ucrania, ya que considera que han provocado que la Federación Rusa lleve a cabo una serie de acciones en Crimea que, según él mismo y sus argumentos, son legítimas y justificables (Mearsheimer, 2014). Mearsheimer sostiene que el tipo de políticas que las potencias Occidentales están llevando a cabo en el espacio post-soviético refuerzan

innecesariamente la desconfianza de la Federación hacia las intenciones de Occidente en su esfera de influencia, y además añade que Estados Unidos debería ver en Rusia un aliado estratégico para contrarrestar la creciente y amenazante influencia de la República de China (Mearsheimer, 2014).

Stephen White es otro importante autor especializado la región post-soviética que ha dedicado bastantes artículos al estudio de Ucrania, entre los que destacan *Belarus, Ukraine and Russia: East or West?*, escrito en colaboración con Ian McAllister y Valentina Feklyunnina. En dicho artículo repasan el declive del espíritu europeo en algunas zonas de Ucrania y el auge de la nostalgia soviética a partir de un análisis constructivista de los dilemas de seguridad ucranianos y las divisiones internas (White, McAllister, y Feklyunina, 2010). El artículo de Paul S. Pirie *National identity and Politics in Southern and Eastern Ukraine* es otro documento indispensable para comprender la diversidad de identidades que conviven en Crimea, el Donbass y Lugansk, y el impacto que esa diversidad tiene sobre la vida política de estas regiones (Pirie, 1996). No obstante, es importante tener en cuenta que el documento es de 1996 y por tanto refleja una visión que no incluye la evolución que la identidad nacional ucraniana ha experimentado recientemente. Asimismo, entre autores de la década de los noventa destacan los estudios de Ian Bremmer (1994) sobre la instrumentalización étnica en Ucrania a partir de su independencia de la URSS, una hipótesis que refleja con absoluta claridad en *The Politics of Ethnicity: Russians in the New Ukraine* (Bremmer, 1994).

En cuanto al estudio de Transnistria refiere, uno de los autores de referencia para comprender el escenario social de esta pequeña región a orillas del Dniéster es Nicu Popescu, quien ha dedicado gran parte de su carrera al estudio de la política exterior y doméstica rusa y de la política europea de vecindad. Entre sus obras nos interesan especialmente aquellas que miden las relaciones entre Rusia y Transnistria, como *Outsourcing de Facto Statehood: Russia and the secessionist entities in Georgia and Moldova* y *Transnistria: A bottom-up solution* (Popescu, 2006 y 2012) Asimismo, el análisis de Paul Koltsoe sobre la politización de las diásporas rusas incluido dentro del libro editado por Renata Dwan y Oleksandr Pavliuk *Building Security in the New States of Eurasia* nos servirá para comprender la utilidad que puede encontrar Moscú en las minorías rusas afincadas en estados del antiguo espacio soviético (Dwan y Pavliuk, 2000). Finalmente, la perspectiva regional que Roy Allison y Christoph Bluth

ofrecen en *Security Dilemmas in Russia and Eurasia* nos servirá para comprender la dimensión geopolítica de los intereses militares y de seguridad que Rusia tiene en los estados de la CEI (Allison y Bluth, 1998).

Marco teórico

Constructivismo

Como veníamos anunciando, una de las principales teorías de las Relaciones Internacionales en las que se apoya el presente trabajo es sobre la del constructivismo social. Esta teoría surge como alternativa al materialismo neorealista, y rompe con la concepción estática que esta teoría tiene sobre el efecto que los objetos materiales tienen sobre el resultado y el impacto de la política. Los constructivistas ven el mundo a través de un prisma distinto y lo entienden como una estructura en cuya construcción intervienen patrones sociales, relaciones de causa y efecto, prácticas, ideas intersubjetivas e institucionalizadas y percepciones (Wendt, 1999). Los constructivistas por tanto siguen esa concepción que Wendt expresaba con claridad a través del título de su célebre ensayo *La anarquía es aquella que los Estados hacen con ella* (Wendt, 1992), que busca ahondar sobre los cambios estructurales de las relaciones internacionales intentando ver más allá del Estado, porque creen que la vida internacional está formada principalmente por estructuras sociales y no estructuras materiales (Schouten, 2007). Por tanto, las creencias, las interpretaciones y las expectativas pasan a ser una importante parte del objeto del estudio.

Alexander Wendt suele considerarse uno de los pioneros en incorporar la identidad a las relaciones internacionales y al estudio de la política exterior. En *Collective Identity Formation and the International State*, Wendt defiende que la identidad es una propiedad de los actores internacionales que genera un determinado tipo de motivaciones, impulsos y comportamientos (Wendt, 1994). Cabe mencionar que aunque la identidad tradicionalmente se enmarca en el ámbito de la sociología y la psicología social, desde los años 90 existe una creciente tendencia en el ámbito de las Relaciones Internacionales por estudiar la influencia que la identidad tiene sobre la política exterior de los estados. La identidad suele predominar en los debates constructivistas de las relaciones internacionales, no obstante, a raíz de su popularidad académica, se ha incorporado también a los debates de corte realista y materialista.

En lo que se refiere a la construcción de los intereses nacionales, los constructivistas abogan por la fuerza de las ideas sobre las necesidades frente al contenido de los intereses (defendido por los materialistas). Por tanto, según los constructivistas, los intereses no tienen carácter estático, sino todo lo contrario, van a variar en función de los cambios en las percepciones sociales, en las identidades y en las relaciones entre las estructuras estatales (Hurd, 2008). Así, la construcción de los intereses nacionales vienen determinados por lo social, o como bien aclara Wendt, «las nuevas ideas en política exterior las moldean ideas dominantes preexistentes y la relación que se crea entre estas ideas y la experiencia contextual [y por tanto] los actores van adquiriendo identidades al pasar a formar parte de un colectivo de significados» (Wendt, 1992: 397).

Alexander Wendt también hace una interesante aportación al debate constructivista sobre la proyección exterior de los Estados, afirmando que las relaciones internacionales no dependen de cómo se estructure el mundo material, sino que la anarquía del sistema internacional es lo que los estados deciden hacer con ella (Wendt, 1992). Extrapolando esta idea a la importancia del estudio de la identidad en el ámbito de la proyección exterior, podemos entender que los mitos nacionales, la historia épica, la religión y, en general, las normas sociales y políticas por las que se rigen los ciudadanos modificar los límites de la política exterior, colaborando por tanto a la anarquía del sistema internacional.

CAPÍTULO II

Es fácil estar de acuerdo sobre el hecho de que, desde una perspectiva sociológica, todas las identidades son construidas. Lo esencial es cómo, desde qué, por quién y para qué.

La era de la información, Manuel Castells (Castells, 1997: 29).

Ahondar en la cuestión de la identidad de los individuos, y de los grupos a los que pertenecen, se ha convertido en un pilar bastante importante de los estudios constructivistas y está presente en la mayoría de disciplinas de las Ciencias Sociales, especialmente en los ámbitos de la sociología, la política, la antropología, la historia y la psicología. Comprender lo que crea en un individuo un determinado sentimiento de pertenencia y las consecuencias que pueden derivarse de dicho sentimiento puede ayudarnos a delimitar la heterogeneidad de un grupo social y el impacto que dicha identidad puede tener sobre la configuración de las estructuras sociales y políticas del país en el que convive. En un mundo cada vez más globalizado, el estudio de la identidad puede proporcionar una visión más local y específica del ser humano y del porqué de sus comportamientos y reacciones.

Como hemos explicado, partimos de la visión más constructivista de la identidad. Esto quiere decir que nuestra realidad social se construye a partir de nuestra identidad, y por tanto, tal y como indica Tsygankov, el individuo no se puede tomar la libertad de pensar y actuar fuera de esos límites identitarios (Tsygankov, 2014). Siguiendo la línea socio-construccionista de Castells, de la que también son precursores Peter Berger, Ervin Goffman y Howard Becker, podemos considerar la identidad como un subproducto que se construye a partir de nuestras interacciones sociales (Berger, 1996; Goffman, 2009; Becker y Carper, 1956). Nuestra identidad va a estar condicionada por el entorno al que estemos expuesto, lo que significa que es modificable. En el plano conceptual, James D. Fearon (1999), añade una interesante perspectiva etimológica al proponer que el sentido que otorgamos hoy en día a la palabra identidad es una construcción social bastante moderna, es decir, nuestra concepción de la identidad varía en función del marco temporal. Por tanto, existen numerosas perspectivas en el estudio de la identidad, así como niveles identitarios.

En sociología se tiende a dividir la identidad en dos grandes ramas: la identidad social y la identidad personal. Hasta los años 70 la perspectiva personal predominaba en el debate académico. Como apunta Karen Cerulo (1997), el auge de movimientos nacionalistas y sociales y la revolución de los medios de comunicación provocaron la diversificación de los estudios sobre la identidad. En este plano, los estudios de Marilyn B. Brewer (1991) sobre psicología social corroboran el poder que puede tener la identidad social o comunitaria sobre los individuos, y como algo tan abstracto como la etnia o la nación pueden crear sentimientos de resistencia, sacrificio y compromiso en los individuos.

La identidad social dota al ser humano algo tan inerte a su condición como es la pertenencia al grupo y la disposición a sacrificar su vida por él, una característica que el aclamado investigador, Benedict Anderson, ya defendía a través de su concepto de «comunidades imaginadas». Anderson describe la nación como:

Una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión (...) Se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal (Anderson, 1991: 23).

Según él mismo, es esta fraternidad, que se asienta sobre las raíces culturales e identitarias de los individuos, la que hace que millones de personas estén dispuestas a morir y matar en nombre de una nación. Por lo tanto, jugando con la imagería de un árbol, podríamos decir que las raíces conforman la identidad y dichas raíces se nutren de la libertad, la narrativa, el acceso a necesidades básicas y la historia.

Para la finalidad de este trabajo, es la identidad social la que más nos compete y no la individual, por el importante papel que creemos que desempeña en la vida pública de la Federación Rusa. Al adentrarnos en la cuestión de la identidad rusa, nos vienen a la cabeza las siguientes preguntas: ¿qué es Rusia? ¿Qué significa ser ruso? La respuesta varía según la perspectiva que empleemos; lo cierto es que son preguntas sustanciales en el profundo debate de la identidad rusa. La cuestión de definir o delimitar la

identidad no es fácil en ningún caso, pero Rusia posiblemente sea algo más desafiante a consecuencia de su fascinante caleidoscopio multicultural.

Empezando por lo físico, por la primera impresión, es decir, la geografía, uno se encuentra con las primeras contradicciones. ¿Dónde diríamos que se sitúa Rusia? ¿En Oriente o en Occidente? ¿Es Europa o Asia? No existe una única respuesta; Rusia es el resultado de una serie de coincidencias políticas, históricas y sociales que han creado un puzle cultural e ideológico en el que hay tantas identidades como personas. Es ahí donde encontramos el gran reto del estudio de la identidad rusa, en su infinita diversidad, en las contradicciones de su propia evolución y la mezcla entre tradición y progreso que hacen de su definición toda una encrucijada. Evocando a Simon Franklin y Emma Widdis (2009), la perspectiva que los autores dan a la expresión de *Todas las Rusias* puede considerarse la perfecta alegoría de dicha diversidad. Por tanto, sería presuntuoso, y poco realista, pretender abarcar la totalidad de la identidad rusa en este trabajo. Es necesario, pues, que limitemos el tema de nuestro estudio a dos identidades específicas: la identidad eslava y la identidad contrastiva.

2.1 Identidad eslava

La identidad eslava no se entiende sin su historia. Y es que la historia, o la narrativa que se utilice para contar la historia, nutre las ideas y percepciones que dan forma a la identidad. Los pilares del pueblo eslavo se asientan sobre el Rus de Kiev, aquella tierra de Europa oriental en la que Rusia, Bielorrusia y Ucrania eran una. Antes del Príncipe Vladimir y el bautizo del Rus, los eslavos primitivos, o eslavos orientales, tenían un sistema de creencias basado en el culto a los antepasados y la naturaleza (Brian-Chaninov, 1944). Eran tribus procedentes de Escandinavia, afincadas en lo que posteriormente sería el Rus, tierra de paso natural entre Escandinavia y el Imperio Bizantino, de agricultores y comerciantes, en la que convivían eslavos, fineses, túrquicos y vikingos. La diversidad multiétnica que se encuentra en los orígenes del pueblo eslavo ha llevado a muchos autores a afirmar que nunca ha existido una identidad eslava auténtica y pura, sino que hay identidades eslavas, producto de esa diversidad cultural y étnica que ya se encuentra en sus inicios (Brian-Chaninov, 1944: 26).

El esbozo de la identidad eslava basada en la historia previa y posterior al Rus suele ser bastante interpretativa. Historiadores como Chizhevski (1967) o Serhii Plokhy (2010) coinciden al resaltar el peso que tienen el misticismo, los cuentos populares y la mitología eslava en la construcción de las tradiciones eslavas y la configuración de las perspectivas que desarrollen sobre la realidad. Por tanto, es muy difícil trazar la historia empírica sobre los orígenes de la identidad eslava, ya es un asunto especialmente sensible a la manipulación narrativa de cada contexto histórico.

Dado que este origen étnico y antropológico de los eslavos primitivos suele ser un tema bastante discutido entre los expertos por la falta de historiografía, es preferible partir del momento más simbólico de la historia eslava: la cristianización o, como apunta Franklin, la colonización del cristianismo en 988. Podemos decir que a partir de entonces las identidades eslavas primitivas se fusionan en una concepción más tangible y unificada de las mismas. Emma Widdis sostiene que la conversión al Cristianismo fue una herramienta para materializar e integrar en una misma tierra todas estas tribus dispares (Widdis, 2004). La homogeneización y la delimitación de una geografía nacional imaginaria crean una identidad nacional. Es a partir de la conversión al Cristianismo que se empieza a hablar de la Tierra del Rus (*russkaia zemlia*), o *Rhosia* para los bizantinos. Por lo tanto la religión tiene un profundo peso histórico, y por lo tanto simbólico, en la gestación del ser eslavo.

En su trabajo sobre el origen de las naciones eslavas, Serhii Plokhy sostiene que el proyecto unificador de la era del Rus de Kiev creó una identidad común a todos los pueblos eslavos y que de las ruinas de este legado, en la época post-Kiev, surgieron un gran número de comunidades eslavas premodernas del Este, según él mismo menos de setenta y dos, que desarrollaron su propia identidad a partir de un mismo manantial (Plokhy, 2010: 2-3). Por lo tanto, es importante subrayar que la identidad rusa, ucraniana y bielorrusa se consideran subcategorías de una identidad común: la identidad eslava del Rus de Kiev.

A partir de 1054, el imperio empieza a dividirse en principados reinados por los príncipes de la dinastía Rurikid. La decadencia política y económica de la época empeoró con el éxito de las invasiones tártaras del siglo XII, que crearon una profunda crisis espiritual sobre población eslava y marcaron el inicio de un nuevo periodo de su historia. La dominación logró romper los vínculos de Kiev con Bizancio

y gestó una identidad basada en la desconfianza hacia el invasor. Esto más tarde crearía grandes leyendas sobre la resistencia frente a la dominación mongola y justificaría el mito de la Gran Rusia Moscovita. Además, como sostiene Stephanie Sandler (2004), grandes literatos rusos, como Alexander Pushkin, se inspirarían en estos eventos para crear una imagen positiva de tragedia nacional y retórica apocalíptica de Rusia (Sandler, 2004: 201). Según Plokhy, Pushkin a través de estas experiencias también justificaba que Rusia había salvado a Occidente de la inminente invasión mongola y que, por tanto, estaban en deuda (2010). Por lo tanto, en torno a esta experiencia se crea una perspectiva de lamento profético sobre la destrucción que Rusia está destinada a experimentar por ser la elegida. Esta retórica no es pesimista, sino todo lo contrario, el sufrimiento se percibe como un símbolo de fuerza, endereza, espiritualidad y distinción, que siguen muy presentes en la identidad eslava a día de hoy y que nutren el mesianismo y el excepcionalismo ruso.

Como hemos comentado, otro momento histórico que tiene un impacto sustancial sobre la definición de la identidad eslava es la transición de Kiev (siglo XI) a Moscú (siglo XIV) a partir de la invasión mongola y en el contexto de la caída de Constantinopla, y del Imperio Bizantino, a manos de los turcos en 1453. El proyecto identitario de Moscú sería diferente del de Kiev. Los límites del estado y de la identidad del Rus Moscovita llegaban hasta la frontera con Lituania y se abogaba por un imperio multiétnico y multireligioso frente al imperio eslavo del Rus de Kiev (Plokhy, 2010: 160). Lo que más nos interesa de este cisma es entender, como bien indica Paul Bushkovitch, que es a partir de Moscú cuando hay una evidente división entre la identidad rusa y la eslava (Bushkovitch, 1986: 355-356²). La decadencia de la idea metapolítica de *rusaskaia zemli*, Tierra del Rus, es sustituida por el término *Todas las Rus*, de las que el Zar era guardián y protector (*vseia Rusi*) (Franklin y Widdis, 2010: 14-15).

² *During the sixteenth and early seventeenth century Russian national consciousness was in some respects clearer than in the nineteenth century. Unlike the conservative (and many liberal) Russians of the last century, the men of the sixteenth century did not confuse Russians with Eastern Slavs. The tsar in Moscow ruled over Rus', Rossiia, or the Russkaia zemlia, and his people were the Rus'. The Eastern Slavs of Poland-Lithuania were generally called Litva or (if Cossacks) Cherkassy.*

Es durante esta etapa Moscovita cuando brilla en todo su esplendor la idea de la Tercera Roma, que veremos con mayor detalle en el apartado de la identidad contrastiva. Podemos adelantar que la Tercera Roma es esa visión divina de que Rusia es el último gran imperio, heredera legítima de Roma y Constantinopla, defensora de la religión única y verdadera y elegida para llevar a cabo su obligación mesiánica previa al Apocalipsis (Bushkovitch, 1986: 356). Las percepciones del Rus Moscovita, la idea de *Todas las Rusias* y la concepción de Rusia como la Tercera Roma, crean una conciencia nacional ruso-eslava profética que, en términos materiales, afecta sobre todo a la visión espacial de la identidad eslava, que simbólicamente extiende sus fronteras nacionales más allá de lo que físicamente es la Federación Rusa hoy en día, considerando así lugares como Minsk, Riga, Tblisi o Tashkent parte legítima de su territorio (Laitin, 1998). Como apunta Jeremy Lester (Lester, 1995), este sentimiento de destino geográfico tiene mucho peso en la tradición rusa, y consecuentemente es fuente de numerosos conflictos, que repasaremos en los casos de estudio.

Por tanto y en resumidas cuentas, vemos que la evolución de la identidad eslava tiene un importante componente temporal y territorial, basado en experiencias históricas. Así, podemos concluir que hay cuatro etapas históricas que consolidan unas determinadas ideas, perspectivas y tradiciones culturales que han tenido continuidad en el tiempo: los orígenes paganos del pueblo eslavo (que aportan la mitología, los cuentos populares y los héroes folclóricos), el nacimiento estatal de los eslavos orientales a través de la formación del estado de Kiev (que introduce la tradición de la Iglesia Cristiana Ortodoxa y la costumbre dinástica), las invasiones tártaras (que rompe con la utopía cristiana de Vladimir y crea un sentimiento de inseguridad geográfica y espiritual) (Chizhevski, 1967: 103) y la transición política de Kiev a Moscú (renacer del sentimiento eslavo oriental que dota al pueblo con un destino metafísico, esa idea de que son el pueblo elegido).

2.2 Identidad contrastiva

Al repasar la identidad eslava hemos adelantado que, históricamente, ha existido una brecha político-ideológica entre Occidente y Oriente. Esta ruptura cultural, que podríamos decir que comienza con el cisma de Oriente a principios del siglo X, gesta una identidad a la que, en este trabajo, siguiendo la terminología empleada por Franklin y Widdis, vamos a llamar identidad contrastiva (2010: capítulo 5). Como bien explica Russel Bova, el ser humano, para entender quién es y cuál es su cometido en este mundo, se compara con las personas que tiene alrededor para adquirir un sentido más definido y sólido sobre su identidad. Esto, extrapolado a un sentido más social de la identidad, lleva a que los individuos, inconscientemente, comparen su nación a otras naciones para entender quiénes son y qué sentido tiene la existencia de su nación en el mundo (Grier, 2003). En el caso de Rusia esta identidad contrastiva es alimentada por la relación que históricamente ha mantenido con la vecina Europa Occidental y, recientemente, con Estados Unidos, y a su vez está condicionada por la visión que los rusos tienen sobre el papel que les corresponde desempeñar en el escenario internacional. Hopf (2010), venerado académico de los estudios sobre identidad y política exterior, también recalca la importancia que la demonización rusa de Occidente ha tenido en sus procesos de auto-determinación (Hopf, 2010: 11).

Si nos fijamos en el curso de la historia entre Rusia y Europa Occidental, vemos que, debido a las eventualidades de la misma, el desarrollo económico, político y social de ambos bloques ha seguido rumbos divergentes, gestando actitudes y percepciones socioculturales dispares. Podemos considerar la división religiosa entre la Iglesia Cristiana Ortodoxa y la Iglesia Cristiana Católica a partir de Gran Cisma de 1054 como el comienzo de esta brecha sociocultural que dio pie a que desde Rusia se identificara a Europa como *el Otro*. Como relata Irina Semenenko (2013) esta distinción religiosa ha sido, y sigue siendo, un poderoso elemento de autoidentificación rusa, ya que la cultura Ortodoxa era un rasgo característico de la etnia eslava, que la distinguía de los grupos con los que convivía. Al considerar la fe Ortodoxa como única, verdadera y gloriosa (*pravoslavie*), el Catolicismo era entendido como una expresión errónea e infame de la fe Cristiana, que rompía con la tradición Cristiana Apostólica.

La exaltación de los ritos y las tradiciones bizantinas frente a las romanas trazaron el principio de la identidad contrastiva rusa, y de hecho, hoy en día la comparación religiosa sigue desempeñando una importante labor en la configuración de la identidad rusa. Esta disparidad religiosa se ve reflejada hasta en la concepción del tiempo. La primera división temporal se halla en las diferencias entre la cronología de la Iglesia Ortodoxa, que se basa en la jurisdicción de Bizancio, y la de la Iglesia Católica Occidental. La primera cuenta los años a partir del momento de la Creación, mientras que la Iglesia Católica los cuenta a partir del nacimiento de Cristo (Franklin y Widdis, 2010: 33). El que Occidente y Rusia tengan una distinta concepción temporal provoca que la historia universal se mire a través de un prisma distinto, lo que puede cambiar las percepciones sobre la historia. Claro que, como bien apunta Franklin, esto no tiene sentido a no ser que vaya acompañado de una narrativa específica a la coincidencia de eventos, por ejemplo, como ocurre con la percepción temporal de la Tercera Roma y las profecías que se crean en torno a ella. Es decir, el cambio del marco temporal puede hacer que dos eventos muy importantes, como el nacimiento de Cristo y de la Iglesia Romana, coincidan, convirtiéndose en casualidades proféticas de un valor espiritual incalculable (Franklin y Widdis, 2010: 33-34).

El impacto sociocultural de las invasiones mongolas del Rus de Kiev también forma parte del entramado histórico que ha gestado la identidad contrastiva rusa frente a la occidental. Tal y como explica Bova (2003), esta invasión no permitió que el Rus se contagiara del Renacimiento que experimentaba Europa y además potenció el auge del Rus Moscovita, que fijaría su capital en Moscú, lo que desembocaría en un mayor aislamiento geográfico y psicológico respecto a los estados vecinos. La propia invasión y la falta de asistencia por parte de las potencias europeas, tal y como ocurrió con la caída de Constantinopla, potenciaron la desconfianza rusa hacia el extranjero y la aprehensión hacia lo propio y conocido (Bova, 2003: 13). Asimismo, y siguiendo esta línea histórica, tuvo una importancia trascendental el reinado de Pedro el Grande, que potenció la división ideológica entre occidentalistas y eslavófilos, una de las brechas ideológicas que más ha motivado la existencia de una identidad contrastiva basada en la comparación entre el *Nosotros* y el *Ellos*.

Europa, dada su proximidad geográfica, ha tenido un peso sustancial sobre la narrativa política rusa y, por tanto se ha convertido en un importante pilar de su autodefinición identitaria. En el siglo XVIII, con la llegada del espíritu reformador de Pedro el Grande, Rusia vivió un periodo de esplendor Occidental. La occidentalización, de la que fueron precursoras Isabel I de Rusia y Catalina II de Rusia, trajo consigo un estilo de vida diferente, una jerarquía política nueva, una concepción distinta de las artes y una cultura intelectual que posteriormente adoptaría las ideas y las costumbres de la Ilustración y que, entre otras muchas cosas, encendió el debate sobre la existencia de Rusia en el mundo. Esta cultura defensora de los ideales Occidentales o Europeos logró penetrar en los cánones socioculturales rusos. Como respuesta, se gestaron movimientos de contracultura que defendían el verdadero sentimiento ruso-eslavo, frente a la injerencia de unos valores Occidentales que no solo eran ajenos a la nación rusa, sino que además eran el espejo de una sociedad decadente y, por tanto, no eran dignos de admiración y mucho menos de adopción.

Los occidentalistas partían de las ideas expresadas por Pyotr Ya. Chaadev, que analizó en la *Primera Carta Filosófica a una Dama* (1836) la condición de la civilización rusa, denunciando su marginación de la raza humana y tachando al país de existir únicamente para dar una importante lección al mundo, refiriéndose a la concepción de la Tercera Roma. En la carta, Chaadev culpa a Rusia de la ruptura con Occidente, y defiende que la decadencia rusa es el resultado de la división entre naciones prósperas, que son aquellas bajo la influencia universal del Sacro Imperio Romano y la Iglesia Católica Romana, y naciones egoístas como Rusia, que se aferran a la decadencia del Imperio Bizantino y la Iglesia Ortodoxa y consecuentemente se auto-marginan.

En contraposición, los eslavófilos, liderados por las ideas de Alexei Khomiakov, Konsantin Aksakov e Ivan Kireevsky, rechazaban la injerencia de lo occidental en la cultura tradicional rusa. Por tanto, la occidentalización se consideraba una estrategia para debilitar a la nación rusa, ya que las ideas déspotas e individualistas que llegaban desde Europa fragmentaban los valores e ideales de una sociedad cuyas tradiciones y unidad se edificaban sobre el principio colectivista de la comuna. Por tanto, los eslavófilos representaban la tradición, el auténtico estilo de vida ruso basado en los valores de la religión Ortodoxa y en principios socialistas, unas ideas que posteriormente han inspirado a otras corrientes como el eurasianismo y el bizantinismo.

Vemos que ambas identidades, eslava y contrastiva se retroalimentan, por lo que tampoco sería correcto analizar su presencia en las Doctrinas Militares por separado. A continuación nos dispondremos a repasar el peso que estas cuestiones tienen, o no, en la formulación de la Doctrina Militar 2000, la Doctrina Militar de 2010 y la Estrategia de Seguridad Nacional de 2009.

CAPÍTULO III

3.1 Identidad y política exterior de la Federación Rusa

En las Relaciones Internacionales, el análisis de la política exterior (*Foreign Policy Analysis*) es posiblemente el ámbito que más debate y pasiones ha suscitado entre académicos y expertos. A grandes rasgos, y sin ánimo de entrar en detalles ontológicos y epistemológicos, la política exterior es la forma en la que los estados entienden y responden al mundo que les rodea, es decir, la estrategia que deciden seguir en el tablero internacional. Como dice Lene Hasen (2009), de esta amplia visión de la política exterior parten numerosas percepciones y teorías que, por motivos prácticos, no podremos abarcar en el presente trabajo. Lo que nos interesa es delimitar el campo de estudio de la política exterior a lo que nos interesa, que es determinar, bajo el foco más constructivista de las relaciones internacionales, la relación entre la identidad y la proyección exterior rusa. Esto significa que la política exterior no es únicamente la respuesta de los estados frente a la estructura internacional o las fuerzas exógenas que puedan derivarse del mismo, sino que es una construcción en la que intervienen numerosas variables que van tallando tanto el fondo como la forma.

Obviar el estudio de la identidad es un error bastante habitual que lleva a algunos académicos a malinterpretar las intenciones que esconden las políticas de los Estados (Tsygankov, 2014). De hecho, en el estudio de esta relación en el caso de la Federación Rusa, tampoco podemos dejar de lado los conceptos de seguridad nacional y los estudios estratégicos, ya que, tal y como apunta Andrew Monaghan (2013), la política exterior rusa y el pensamiento estratégico se expresa formalmente a través de tres documentos: la Estrategia de Seguridad Nacional, el Concepto de Política Exterior y la Doctrina Militar. Asimismo, seguiremos el modelo de las tres *Ds* (Desarrollo, Diplomacia y Defensa) de Hillary Clinton (2010). Según el esquema estadounidense, estos son los elementos que debe abordar una estrategia nacional de seguridad, y por

tanto, elementos definitorios de la proyección exterior de un Estado. En el presente análisis nos centraremos en la diplomacia y la defensa, ya que son los mecanismos de política exterior a los que suele recurrir la Federación Rusa para defender sus intereses nacionales en el exterior. Para ello, analizaremos las Doctrinas Militares de 2000 y 2010 y la Estrategia de Seguridad Nacional de 2009.

Estos documentos tienen una fuerte carga política, que se entremezcla con cuestiones más formales sobre el ejército, que no interesan tanto a este análisis. Por la larga tradición militar rusa, arraigada en la vida pública, la Doctrina Militar y la Estrategia de Seguridad se han convertido en documentos esenciales para comprender la política nacional de seguridad rusa. Por tanto, forma parte de la construcción de la proyección y el carácter internacional ruso. Por su parte, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2009, refleja el carácter político ruso frente a las amenazas y los peligros que pueden afectar al Estado. Ambos documentos se entrelazan, ya que comparten un mismo objetivo: garantizar la independencia, soberanía, integridad territorial y estabilidad del Estado ruso, a través de mecanismos económicos, políticos, sociales y militares. Es decir, son una declaración de intenciones, reflejo de los intereses nacionales rusos.

Análisis de las Doctrinas Militares (2000 y 2010) y de la Estrategia de Seguridad Nacional (2009)

Siguiendo la teoría post-estructuralista de David Campbell (1992), las amenazas son una cuestión subjetiva sujeta a las percepciones de cada contexto histórico. Hay amenazas reales, pero los Estados no suelen coincidir en el grado de riesgo que contiene amenaza concreta, del mismo modo que no siempre van a interpretar una amenaza como un peligro. Comenzamos con esta reflexión porque, para comprender la naturaleza de las doctrinas militares rusas y la justificación de su existencia, debemos comprender que las amenazas y los peligros que encontramos reflejados en las mismas son producto de las percepciones y los intereses políticos de un momento dado, en los que, como hemos justificado anteriormente, entra en juego el entramado de identidades sociales.

La Federación Rusa, que tras la caída de la URSS se vio atrapada en un limbo post-revolucionario de oligarquía, separatismo y falta de reconocimiento internacional, se tuvo que enfrentar a incontables desafíos internos, mientras luchaba por recuperar su perdido prestigio internacional. Por tanto, y como resaltan José Miguel Palacios y

Paloma Arana, la decadencia de los 90 motivó la reflexión política y social sobre la identidad rusa, que tendría un impacto considerable sobre la formulación de la doctrina militar y el Concepto de Seguridad Nacional en el 2000 y presentaba a un Estado dispuesto a encarar los desafíos del siglo XXI con carácter y determinación rusa (Palacios y Arana, 2002).

Doctrina Militar del 2000

En el 2000 la Federación Rusa se enfrentaba a la complicada tarea de hacerse hueco en un sistema que, tras el fin de la bipolaridad, parecía encaminarse hacia la unipolaridad, liderada por Occidente y con Estados Unidos marcando el tempo. El Estado euroasiático clausuraba el siglo con profundos problemas económicos, una guerra abierta en Chechenia, un intento fallido por frenar la operación militar de las potencias occidentales en Yugoslavia y, en definitiva, una línea en política exterior ambigua que dejaba su estatus de gran potencia por los suelos. Pero la década, como bien sabemos, comienza con la llegada al poder de un desconocido Vladimir Putin, quien, para sorpresa de todos, sería nombrado presidente de la Federación. La Doctrina Militar es uno de los primeros documentos oficiales que firmó el recién llegado Presidente, una estrategia que, como bien señalan algunos autores, respondía a los desafiantes cambios de panorama internacional (Johnson, 2004) y pretendía proyectar las ambiciones de un Estado que se aventuraba a despertar del letargo post-revolucionario para volver a convertirse en un actor central en los asuntos internacionales (Pushkov, 2005). Por tanto, la Doctrina es una declaración de intenciones políticas, aunque se enmarque dentro de la estrategia militar, y por tanto en el ámbito de la defensa.

La Doctrina alega ser de carácter defensivo y velar por la paz y la protección de los intereses nacionales rusos, como también explicita el Documento de 2010. Es un documento encargado de reseñar los intereses militares rusos bajo el marco legal de la Constitución Rusa y de los tratados internacionales ratificados por la Federación. Según lo que el gobierno ruso entienda por intereses nacionales, esta definición podría ser problemática, dado que existe una nación política y una nación cultural, y los límites de esta última pueden rebasar las fronteras físicas del Estado. Es una cuestión que podría sostener nuestra hipótesis sobre la influencia que la identidad eslava tiene sobre la construcción de la política exterior rusa, a través de este deseo por proteger a las minorías rusas.

Esta primera reflexión da pie a que comencemos a analizar los rasgos de la identidad eslava presentes en la Doctrina Militar del 2000. El documento está especialmente marcado por el fantasma del separatismo que acechaba en plena Guerra de Chechenia, por lo que se centra en lo regional. En el apartado dedicado los principios político-militares, se hace hincapié sobre la repercusión que tienen sobre la seguridad rusa el auge de nacionalismos, centros de poder regionales, movimientos extremistas (étnicos y religiosos) y del separatismo, lo que lleva al deseo de reforzar y proteger la unidad rusa. La Federación Rusa alerta sobre la creciente amenaza que suponen los conflictos regionales para la seguridad nacional rusa. Es una idea sobre la que se hace mucho hincapié en la Doctrina Militar de 2010. La estabilidad regional se considera una parte integral de la seguridad nacional rusa, al considerarse el eje de la región euroasiática, lo que parece adherirse a la concepción eslava del espacio vital ruso y de *Todas las Rusias*.

Otro punto de la Doctrina que puede guardar relación con la identidad eslava es la concepción de la discriminación y supresión de libertades, derechos e intereses legítimos de las minorías rusas que viven en países extranjeros como una de las principales amenazas externas. Esa necesidad de proteger a los nacionales rusos más allá de los límites fronterizos de la Federación podría estar ligada a la idea etérea de la unidad los pueblos eslavos del Rus de Kiev. Además parece poseer ese matiz de desconfianza contra el extranjero que subrayábamos en apartados anteriores.

Dicha desconfianza está ligada también a la identidad contrastiva. En el documento de 2000 la identidad contrastiva parece girar en torno a las intervenciones de Estados Unidos y la OTAN a finales de los años 90. Uno de los problemas políticos que recoge la Doctrina Militar es el uso de la fuerza alegando fines humanitarios sin aprobación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Es una crítica directa a la intervención de algunas potencias Occidentales y de la OTAN en la campaña contra Serbia durante las guerras de los Balcanes y de las intervenciones en Somalia y Afganistán. Del mismo modo, otro aspecto que refleja dicha identidad es el punto I,3, en el que la Federación Rusa alega ser un eje esencial del mundo multipolar y que, por consiguiente, sus intereses y posturas respecto a la solución de conflictos deben ser respetados y tomados en consideración, que parece referirse una vez más a la campaña de las potencias aliadas en Serbia, que fue condenada por la Federación. Además, que se hable de un mundo multipolar ya es una declaración de intenciones sobre el sistema

internacional que perseguía la Federación Rusa en el 2000. No obstante, Rusia todavía no tenía las capacidades para ejercer las ambiciones expresadas en la Doctrina del 2000. Algo que cambiaría en el 2010.

Doctrina Militar de 2010

La Doctrina Militar posterior a la del 2000 se publica el 5 de febrero de 2010 y es firmada por el entonces Presidente, Dmitri Medvedev. La estructura es parecida a la Doctrina del 2000: asuntos generales, amenazas militares, peligros militares y organización económico-militar. Pero entre el 2000 y el 2010 hay un cambio de contexto considerable, que llevan a la redacción de una versión algo más asertiva que la anterior, sobre todo en cuanto a su posición frente a Occidente. Hay tres sucesos que parecen marcar la retórica de la Doctrina y los intereses reflejados en la misma: la guerra de Georgia, la expansión de la OTAN hacia el Este de Europa y la crisis de los misiles balísticos (Blank, 2011). Esta vez la doctrina se presenta como un documento esencial del planteamiento estratégico ruso que proyecta el sistema de valores y principios seguidos por el Estado ruso a la hora de determinar cuándo se debe utilizar la acción militar. Estamos ante un documento más maduro que el anterior. Rusia durante la primera década del siglo XXI había logrado consolidar su economía y su poder político, superando así el desafío post-soviético. Por tanto, muestra una estrategia más contundente, que ya no está respaldada únicamente por las intenciones y palabras de un Estado que aspira a recuperar su título de potencia mundial, sino que es la estrategia un Estado que vuelve a jugar en primera división.

En el 2010 las relaciones entre Rusia y las potencias Occidentales alcanzaron un mínimo histórico desde los tiempos de la Guerra Fría. La identidad contrastiva predomina a lo largo de todo el documento. Una gran parte de las amenazas militares externas a los intereses nacionales rusos expresadas en la Doctrina giran en torno a estas tensiones. En consecuencia, la Federación vuelve a recordar, esta vez con mucha más firmeza, que los equilibrios de poder del sistema internacional están cambiando. Por consiguiente, critican que la arquitectura de seguridad internacional ha fallado en su labor de salvaguardar los intereses de los Estados equitativamente, una declaración relacionada con el papel desempeñado por algunos Estados occidentales en el conflicto de Georgia y que viene a decir que el actual sistema internacional defiende los intereses Occidentales a costa de los de otros Estados emergentes. Es decir, la

Federación denuncia que arquitectura internacional no representa el nuevo equilibrio de poder, en el que entran en escena actores emergentes, como Rusia, y caen potencias tradicionales que, por capacidades, han dejado de ser protagonistas. Rusia, por tanto, está reclamando su lugar en el escenario internacional, una idea que apoya nuestra hipótesis sobre el peso que la identidad contrastiva tiene sobre la construcción de la proyección exterior rusa.

En la anterior Doctrina solo se mencionaban amenazas a la seguridad, pero en la nueva versión hay un apartado dedicado a los peligros, que son cuestiones más concretas y de mayor urgencia. Estos peligros apuntan, en su mayoría, a las relaciones entre Rusia y la OTAN. En primer lugar, se condena la expansión de la OTAN hacia el Este de Europa y su acercamiento progresivo hacia las fronteras rusas al constituir, según el documento, una violación del derecho internacional. Esta declaración está directamente relacionada con la voluntad de los Estados miembros de la OTAN por incorporar a Georgia y Ucrania a la organización militar, algo que la Federación no parece estar dispuesta a permitir. El siguiente peligro militar es la desestabilización de Estados y regiones para ganar poder estratégico, de nuevo una condena en contra de los intereses y las acciones llevadas a cabo por la OTAN en Georgia. Asimismo, se considera un peligro la colaboración militar de la organización con Estados vecinos, el desarrollo del escudo de misiles balísticos estadounidense desplegado en Europa y las reivindicaciones territoriales que puedan contradecir los intereses rusos y, en general, la estabilidad regional. Todas estas cuestiones, que ponen a la OTAN y a las potencias occidentales en el punto de mira, proyectan el carácter contrastivo, ya que está alimentado por la división histórica entre Nosotros y Ellos, Oriente y Occidente, que en este caso se utiliza para potenciar y justificar la dominación que Rusia quiere ejercer sobre su espacio vital.

La concepción rusa de que la OTAN está tratando de acorralar territorialmente a la Federación, tal y como ocurrió en la Guerra Fría, es también un síntoma de desconfianza hacia el potencial invasor presente en la identidad eslava. Asimismo, en esta Doctrina también podemos observar que predominan los intereses regionales: se aboga por prestar asistencia militar a los Estados aliados y por fomentar el sistema de defensa colectiva regional a través de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) y la OTAN, e impulsar la cooperación a través del fortalecimiento de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), la Organización para la Seguridad

y la Cooperación en Europa (OSCE) y la Unión Europea. No obstante, acto seguido se matiza que existirá cooperación militar prioritariamente con Bielorrusia y los Estados miembros del CEI y parte de la OTSC, lo que vuelve a poner el acento sobre los intereses regionales rusos, encaminados hacia la cooperación con sus aliados tradicionales y el distanciamiento de la OTAN y la UE. Observamos que se vuelve a expresar el interés que tiene la Federación por tomar las riendas de una región que simbólicamente forma parte de su patria, característica ligada tanto a la identidad contrastiva como a la eslava. De la misma forma, la protección de las minorías rusas vuelve a aparecer, siendo, como hemos visto anteriormente, un rasgo evidente de unidad de los pueblos eslavos.

Estrategia de Seguridad Nacional de 2009

La Estrategia de Seguridad Nacional de 2009 hasta 2020 (ESN) es un documento previo a la Doctrina Militar de 2010 que sustituye a su predecesor, el Concepto de Seguridad Nacional del 2000. Su contenido ha suscitado numerosos debates acerca de los intereses estratégicos que mueven la política exterior rusa. Este documento es una expresión de las amenazas y los peligros a la seguridad nacional; establece un marco para las políticas de seguridad basado en las prioridades de la Federación Rusa con respecto a defensa, seguridad estatal y social y desarrollo sostenible. El objetivo del documento es fomentar el desarrollo económico de la Federación y mejorar la calidad de vida de los ciudadanos rusos. Como hemos explicado en el apartado introductorio a este capítulo, la Estrategia de Seguridad Nacional forma parte de esa triada de documentos que esbozan la línea de política exterior rusa, en este caso centrándose en las políticas de seguridad y desarrollo.

Su redacción se llevó a cabo bajo las mismas condiciones contextuales que suscitaron la revisión de la Doctrina Militar de 2000, y una vez más comprobamos que, a través de este documento, la Federación Rusa trata de dar un golpe sobre la mesa para reafirmar su *statu quo* como potencia mundial. Algunos autores en sus análisis sobre la Estrategia de Seguridad Nacional de 2009 coinciden en que en ella se proyecta una política de seguridad un tanto ambigua y, en ocasiones, poco coherente (Giles, 2009). No obstante, lo interesante de este documento es que constituye una expresión de los valores e ideales que promueven los intereses rusos en el exterior. Es decir, el tipo de pensamiento estratégico proyectado en este documento puede decirnos mucho acerca

de la visión que Rusia tiene acerca de sí misma y de su posición respecto al mundo en el que vive.

Como ocurre en la Doctrina Militar de 2010, los aspectos que más llaman la atención son la convicción de que la Federación Rusa ya es un poder mundial preparado para retomar las responsabilidades regionales e internacionales que le corresponden. Esta insistencia por declararse un poder independiente apoya una vez más la hipótesis de que la identidad contrastiva Occidente-Oriente es un aliciente de la dirección que sigue y persigue política exterior rusa. Rusia ya no es un actor débil con delirios de poder, sino que tiene las capacidades de un gran poder mundial.

Otra vez se vuelve a hablar de un mundo multilateral, intentando romper con la dominación occidental de sistema internacional. Así, la Federación Rusa vuelve a defender su preponderancia regional, alegando que los conflictos regionales deben solucionarse por actores de la región y no por fuerzas exteriores, una advertencia a las injerencias occidentales en el espacio vital de la Federación. Por ello, se condena, tal y como ocurre en la Doctrina Militar de 2010 el sistema de misiles balísticos intercontinentales, que según la Estrategia de Seguridad Nacional, no permite avanzar en el desarrollo de la estabilidad global y regional. Se acusa de nuevo a los estados occidentales de promover la desestabilización del sistema internacional, al llevar a cabo políticas asertivas contra Rusia. Asimismo, y aquí entra en juego la ambigüedad del documento, se insta a la cooperación con la OTAN, siempre que la organización militar respete de derecho internacional. También podemos interpretar esta insistencia sobre el estatus global de la Federación Rusa como una expresión de la idea metafísica que el pueblo eslavo tiene sobre el destino de que corresponde la nación rusa como paladín de la Tercera Roma.

Además, la ESN es un documento que llama la atención por tratar directamente la cuestión del desarrollo y el bienestar social, ya que son esferas que hasta entonces el Kremlin no había tratado directamente en sus documentos oficiales. Por consecuencia, se tratan temas culturales y sociales como ámbitos indispensables que debe proteger y desarrollar la estrategia de seguridad nacional. Aunque la identidad eslava no aparezca tan explícita como la contrastiva, encontramos elementos de incitación del patriotismo y espiritualismo, que podríamos ligar al espíritu eslavo. En las provisiones generales, se manifiesta que están renaciendo los auténticos valores y principios espirituales de la

nación rusa junto a una percepción dignificada sobre su memoria histórica. Esta actitud patriótica, vinculada directamente a la cuestión espiritual, podemos suponer que hace referencia a la espiritualidad Cristiana Ortodoxa³; y la dignificación del legado histórico ruso, son características de la identidad eslava que, como hemos visto, otorgan un significado especial a la historia y al tiempo, considerándolos elementos esenciales que sostienen la tesis de que son el pueblo elegido.

Igualmente, en el apartado dedicado a la cultura, se insta a la protección a la unidad multinacional rusa y el respeto de las tradiciones familiares y el patriotismo. También se destaca la protección del legado espiritual y cultural como elementos indispensables para mejorar la calidad de vida de los ciudadanos rusos y se define a la dominación de la cultura de masas como una amenaza a la seguridad nacional. Desde luego que estas cuestiones dan pie a diversas interpretaciones, no obstante, esa exaltación de las tradiciones y la unidad nacional son sentimientos similares a los del Rus Moscovita, que trataba de recuperar el legado histórico y la verdadera tradición ruso-eslava fundada sobre valores y principios Ortodoxos e ideológicos. Además las sospechas hacia la injerencia cultural externas es un elemento que podemos relacionar con la ideología eslavófila u orientalista.

Por tanto, podemos observar que la identidad eslava tiene un peso importante en la narrativa de la Federación Rusa, aunque esta no se exprese de manera explícita como ocurre con la identidad contrastiva. Tal vez se evite proyectar los ideales eslavos en los documentos oficiales por constituir una posición políticamente incorrecta por parte de Estado multicultural como es Rusia. Además, aunque la cultura eslava sea la cultura de las élites de la Federación, una postura política sobrepasada de espíritu eslavo podría poner en peligro la frágil unidad multicultural doméstica y las relaciones de la Federación con los Estados de la región. No obstante, como hemos podido observar, hay evidentes destellos eslavos: la dominación rusa en la región euroasiática (espacio vital), la percepción rusa sobre el papel que le corresponde desempeñar en el sistema internacional (Tercera Roma) y la promoción del sentimiento patriótico y espiritual y la exacerbación hacia la historia y las tradiciones (Cristianismo Ortodoxo y política similar a la del Rus Moscovita).

³ Recordemos que el culto religioso predominante en la Federación Rusa es en Cristianismo Ortodoxo.

CAPÍTULO IV

Casos de estudio: ejecución de la política exterior rusa en Crimea y Transnistria

Los casos de estudio que exponemos a continuación sirven para observar cómo se han materializado, o no, los intereses proyectados en las Doctrinas Militares de 2000 y 2010 y en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2009. A través del repaso de estos casos podemos entender el alcance que la identidad eslava y la identidad contrastiva han tenido en la ejecución de la política exterior rusa. Para ello, hemos decidido repasar el caso de la Anexión de la República de Crimea y las relaciones bilaterales entre Rusia y Transnistria. El caso de estudio al que más relevancia daremos será el de la Anexión de Crimea, por ser el más reciente y en el que se muestra de forma explícita la presencia de la identidad eslava y contrastiva en los objetivos de la política exterior rusa. En el caso de Transnistria nos centraremos en el análisis de la cooperación rusa con esta región en materia de desarrollo, diplomacia y defensa (siguiendo el modelo de las 3Ds de Hillary Clinton). El conjunto de los casos expuestos son una forma de observar como el gobierno ruso ha ejecutado su política exterior, motivada o justificada por la identidad eslava y la identidad contrastiva.

Anexión de la Federación Rusa de la República Autónoma de Crimea

El objetivo de este caso de estudio es ilustrar la aplicación y ejecución de las líneas de política exterior expresadas en las Doctrinas Militares y en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2009 a un caso real como ha sido la Anexión de la República Autónoma de Crimea a finales de febrero de 2014. Como hemos visto, los documentos analizados son una expresión, a veces más o menos directa, sobre el lugar que Rusia debe ocupar en el mundo y el tipo de relación que debe mantener con las potencias Occidentales y sus organizaciones internacionales. Pero, ¿se llevan a cabo en la práctica? El caso de la República de Crimea, que se enmarca dentro del conflicto en Ucrania, nos permite analizar hasta qué punto las identidades contrastiva y eslava han influido en la construcción de una serie de objetivos, intereses y percepciones en torno a este enclave en el Mar Negro. Para ello, hay que observar si las directrices de política exterior

expresadas en los documentos analizados en el anterior apartado se han llevado a la práctica.

Antes de lanzarnos a analizar los argumentos que la Federación Rusa empleó para justificar la anexión y el entramado de intereses y objetivos que pudieron motivar dichas acciones, es necesario reseñar el desencadenamiento de sucesos que llevaron al tratado de adhesión de Crimea y Sebastopol del 18 de marzo de 2014, que incorporaba el territorio de la República de Crimea a la Federación Rusa. La República de Crimea es un territorio de gran valor estratégico y simbólico para la Federación Rusa. Sebastopol es la ciudad portuaria donde se encuentra desde el siglo XVIII la flota rusa del Mar Negro y como bien indica Alberto Priego, debido a la experiencia histórica tanto del Imperio de los Zares como de la Unión Soviética en lo que hoy es Ucrania y en especial en la península de Crimea, el Estado se considera desde hace tiempo el legítimo propietario de este territorio (Priego, 2014).

Ucrania no obstante, no deja de ser, en términos geopolíticos, una importante parte del *Heartland* del que nos habla Mackinder (Mackinder, 1904), ese poderoso territorio desde el que se puede tener control geopolítico del mundo. En los últimos hemos sido testigos del acercamiento entre Ucrania y las potencias occidentales a través de la UE y la OTAN, una aproximación que según Mearsheimer, se inicia a partir de la Revolución Naranja de 2004 (Mearsheimer, 2014). También hemos podido observar el avivamiento de las tensiones entre Rusia y la UE y OTAN a la luz de los proyectos de ampliación de las organizaciones una zona que Rusia tradicionalmente considera su patio trasero. Como hemos visto en el apartado 3, la Federación Rusa traza en sus documentos oficiales de política exterior una línea roja con respecto a los territorios del antiguo espacio soviético. Cuando el expresidente de Ucrania, Viktor Yanukovich, toma la decisión de no firmar el Acuerdo de Asociación Oriental, enmarcado dentro de la Política Europea de Vecindad de la Unión Europea, empieza a gestarse un movimiento llamado Euromaidán en apoyo a la integración de Ucrania en la Unión Europea.

Las manifestaciones del movimiento, inicialmente pacíficas, en la plaza de la Independencia, denunciaban la injerencia de la Federación Rusa en el rumbo que habían seguido las negociaciones entre Ucrania y la EU. Además protestaban contra la centralización del Estado ucraniano y abogaban por una mayor representación local y

regional de los intereses civiles (Shapovalova, 2014). Pero Rusia no podía permitirse perder un aliado estratégico como Ucrania. En la Cumbre de Bucarest de 2008, la OTAN había dejado entrever que, a pesar de la oposición de algunos Estados que no querían empeorar las relaciones con Rusia, existía una evidente voluntad por continuar negociando la adhesión de Georgia y Ucrania a la organización militar (Mearsheimer, 2014:2), algo que Rusia ya había remarcado como una amenaza directa a su seguridad. Por tanto, la UE y la OTAN llevan desde comienzos del siglo XXI con la mirada puesta en el Este, tratando de crear una esfera de influencia en un territorio que Rusia tradicionalmente percibe como su espacio vital.

Rusia es un Estado que ha influido enormemente en la división cultural, religiosa, lingüística e ideológica que hoy fragmenta al Estado ucraniano (Shapovalova, 2014), por los vínculos eslavos que unen, y a veces separan, a ambas naciones. Esta división, latente en la sociedad ucraniana desde hace generaciones, se intensificó a partir de las protestas del Euromaidán, la violencia de los Berkut y las masacres contra la población civil vinculadas a los «francotiradores» de la plaza de la Independencia. La escalada de tensiones derivaron en una intensificación de la división entre rusófobos y rusófilos, y prendió la mecha separatista en la República de Crimea, la República del Donbás y la República Popular de Lugansk, regiones que alojan un alto porcentaje de la diáspora rusa en Ucrania y por tanto en las que predomina el espíritu rusófilo.

El 1 de marzo las fuerzas del ejército ruso tomaron control de la República de Crimea, el 11 de marzo el Parlamento de Crimea, junto al Ayuntamiento de Sebastopol anunciaban la independencia de la República y el 16 de marzo, ante la presencia de observadores internacionales, se celebró un referéndum para determinar si la población estaba o no a favor de la incorporación de la República de Crimea a la Federación Rusa. El 18 de marzo el Presidente de la Federación Rusa, Vladimir Putin y los dirigentes de la República de Crimea, Sergei Aksyonov y Alexei Chaly, firmaron el tratado de adhesión de la República de Crimea a la Federación Rusa (SCRF, 2014).

En la misma ceremonia, Vladimir Putin pronunció un discurso en el que justificaba la anexión de la República de Crimea. En la transcripción del mismo, cuya traducción al inglés está incluida en el apartado de anexos, podemos analizar la presencia de elementos relacionados con la identidad eslava y la identidad contrastiva, que

demuestran nuestra hipótesis sobre la influencia de la identidad sobre la construcción de la política exterior rusa post-soviética.

Nada más comenzar, Vladimir Putin describe la importancia de Crimea como símbolo del nacimiento de los pueblos rusos. Hace una justificación histórica de la anexión y recuerda que Crimea es la tierra del bautizo del Príncipe Vladimir, que es ese momento histórico en el que los pueblos eslavos quedan unidos por una misma cultura, civilización y unos valores humanos, provenientes del Cristianismo Ortodoxo. Putin alega que es esto lo que une a Ucrania, Rusia y Bielorrusia, unas palabras que directamente apelan al sentimiento eslavo-ortodoxo del Rus de Kiev. Pero las referencias históricas ligadas a la identidad eslava no acaban aquí; Putin subraya que Kiev es la madre de todas las Rusias y que el Rus es el legado común. Aunque en ningún momento se hable directamente de pueblos eslavos, las referencias culturales e históricas empeladas pueden enmarcarse dentro de la identidad eslava ortodoxa del Rus de Kiev y del Rus Moscovita. El presidente de la Federación Rusa utiliza ese elemento en común entre Ucrania, Bielorrusia y Rusia para justificar la política exterior llevada a cabo en Crimea, es decir, que este tipo de sentimiento de unión entre pueblos eslavos podría haber influido en la toma de decisiones respecto a la península.

Continuando con el análisis de los elementos eslavófilos, en el plano político, Putin recuerda que Rusia y Ucrania fueron separadas casi a la fuerza, a través de una violación de las normas constitucionales. Intenta defender que, en realidad, son un mismo pueblo fragmentado. Además, apela al sentimentalismo al recordar cómo los ciudadanos se fueron a dormir en un Estado y se levantaron en otro. Ese vínculo hacia Ucrania como la madre patria es, una vez más, un rasgo de la identidad eslava. También señala que en la mente y el corazón de la gente (no especifica si se refiere a los ciudadanos rusos o a los nacionales rusos) Crimea siempre ha sido parte de Rusia, lo que corrobora la hipótesis de Alberto Priego sobre cómo Rusia considera ser legítima propietaria de la península (Priego, 2014). Este tipo de afirmaciones van acompañadas de referencias religiosas, como cuando hablando sobre los Bolcheviques utiliza frases como «que Dios juzgue sus acciones». Que en la retórica del Presidente se incluya ese tipo de detalles religiosos denota un compromiso hacia la religión, en este caso abiertamente ortodoxa, bastante fuerte, no solo del líder, sino de toda la nación rusa, que es a la que está intentando llegar a través de este discurso. La religión,

que como sabemos es parte de la identidad eslava, tiene una función emotiva y apelativa bastante importante en este contexto.

Además, a lo largo de todo el discurso se utiliza el pretexto de la defensa de los ciudadanos rusos. Putin recalca en numerosas ocasiones que, de no haber sido por la intervención de Rusia por los intereses de sus compatriotas, Crimea se habría convertido en un polvorín. Invoca que el gobierno ilegítimo de Kiev trató de llevar a cabo políticas lingüísticas rusófilas, y que el avivamiento del totalitarismo, de la rusofobia y el anti-semitismo en Ucrania ponían en peligro la integridad de las minorías rusas al estar expuestos a las violentas políticas de asimilación del gobierno ilegítimo de Ucrania. Asimismo, continúa diciendo que abandonar a sus compatriotas hubiera sido un acto de traición por parte de Rusia. Observamos como la voluntad por proteger los ciudadanos rusos traspasa las fronteras de la Federación, tal y como habíamos extraído en el análisis de las doctrinas militares y la ESN. En este caso no solo aparece en la teoría, sino que se lleva a la práctica. Crimea, según Vladimir Putin, es el legado común de Ucrania, Bielorrusia y Rusia, triada de estados eslavos, y es por tanto el eje que proporciona estabilidad regional. Tras las palabras del Presidente encontramos una fuerte carga simbólica con respecto a elementos eslavos, lo que apoya nuestra hipótesis sobre la influencia que la identidad tiene en la construcción de la política exterior rusa.

No obstante, el Presidente también recurre al espíritu multinacional de Rusia para justificar la anexión, ya que subraya la importancia de proteger y promover la riqueza étnica de la República de Crimea y de restaurar la memoria histórica de los Tártaros. Esto, evidentemente, pondría en tela de juicio esta hipótesis, ya que muestra como el gobierno juega con todas las identidades que puede tener a su alcance para incrementar la credibilidad y el impacto de sus argumentos. Es decir, la identidad eslava tiene un peso considerable sobre la motivación que hay tras las acciones de política exterior, o por lo menos se utiliza como excusa, pero hay muchas más identidades rusas, como en este caso la identidad multinacional originaria de la URSS, al alcance del Kremlin.

En el ámbito de la identidad contrastiva, Vladimir Putin acusa en numerosas ocasiones a las potencias Occidentales la actitud que han tenido con respecto a las acciones llevadas a cabo por la Federación Rusa en Crimea. En primer lugar, parece culpar a Occidente de colaborar en el golpe de Estado contra Yanukovich, al decir que tras los

nacionalistas, rusóforos y anti-semitas que tomaron las riendas del Estado ucraniano, había una serie de «patrocinadores extranjeros», una acusación bastante grave. Además, con respecto a las acusaciones recibidas por parte de Occidente con respecto a la violación del derecho internacional que supone la anexión de Crimea, Putin se jacta irónicamente al decir que «está bien que se acuerden de que existe el derecho internacional. Más vale tarde que nunca»⁴. Así, recuerda el precedente de Kosovo y tilda a los gobiernos Occidentales de hipócritas y cínicos (Kremlin, 2014). Vemos claros rasgos de enemistad Occidente-Oriente, es decir, de identidad contrastiva en el tipo de argumentos empleados por Vladimir Putin, que acusa a Occidente de tener una fijación en contra de Rusia al reconocer y fomentar la independencia de Kosovo, pero condenar el derecho de autodeterminación de Crimea.

Otro de los argumentos que revelan identidad contrastiva en el discurso es el pronunciado sobre el fin de la bipolaridad. Putin declara que desde la caída del comunismo no existe la estabilidad internacional porque las potencias Occidentales, lideradas por Estados Unidos, se creen dueños del mundo. Así, menciona los ejemplos de Yugoslavia, Belgrado Afganistán, Irak, Libia, las revoluciones de colores y la Primavera Árabe. Culpa a Occidente de aprovecharse de la inestabilidad y sufrimiento de los pueblos para imponer sus estándares culturales. De nuevo, vemos como se denuncia la supuesta dominación occidental del sistema internacional, y el intento por difundir unos valores y principios que, según la identidad contrastiva, se consideran decadentes.

Con tono irónico, Putin recuerda que Rusia ha intentado establecer medidas de cooperación a todos los niveles con las potencias Occidentales, pero que Europa y EEUU no ha hecho más que ir en contra de la integración euroasiática, por lo que las intenciones no han sido recíprocas. La retórica es bastante directa y fulminante, el Presidente insiste con que han sido engañados, que se han tomado decisiones que afectaban a la nación rusa a sus espaldas, y retoma los ejemplos del escudo anti-misiles y la expansión de la OTAN hacia el Este de Europa, que en las Doctrinas Militares y la Estrategia de Seguridad Nacional aparecían como líneas rojas. Lo más sorprendente es que Vladimir Putin dice abiertamente que estas medidas forman parte

⁴ La traducción del inglés al español la ha realizado la autora del presente trabajo de fin de grado, a partir de la transcripción en inglés presente en el portal oficial del Kremlin.

de la política de contención que llevan a cabo las potencias Occidentales desde el siglo XVIII. Que se reconozca la continuidad de la política de contención revela una actitud de desconfianza por parte de la política exterior rusa, fomentada por la identidad rusa, lo que apoyaría nuestra hipótesis.

En cuanto a las motivaciones tras esa política de contención, Putin afirma que la posición independiente de la Federación Rusa, que no se deja someter, contradice la voluntad que las potencias Occidentales tienen con respecto a la dominación del tablero internacional. Esa independencia, a la que alude en repetidas ocasiones, es un rasgo de distinción entre Nosotros y Ellos, parte de la identidad contrastiva que alimenta la política exterior rusa post-soviética.

Por tanto, en este caso de estudio podemos observar como el gobierno ruso justificó la anexión de Crimea a través de argumentos relacionados con la identidad eslava, que es un elemento espiritual, etéreo, que invoca a la simbólica unión de los pueblos eslavos; y la contrastiva, de carácter político y que está vinculada a los intereses estratégicos rusos respecto a su posición en el mundo frente a la preponderancia de las ideas y formas Occidentales. Si bien en las doctrinas y la ESN se expresaba abiertamente la creciente hostilidad hacia las potencias occidentales y sus proyectos en el espacio post-soviético, nos sorprende la transcendencia que tiene la identidad eslava en torno a la anexión. En el anterior capítulo vimos como los rasgos eslavófilos aparecían más o menos de forma latente, evitando una explicitud que pudiera percibirse como discriminatoria. Pero en las motivaciones, o al menos las justificaciones, expresadas por el Presidente de la Federación Rusa en su discurso nos encontramos con una retórica eslavófila bastante más explícita de la observada en los documentos de política exterior, llena de referencias a la historia común de los pueblos eslavos, a las tradiciones Ortodoxas y la unidad fraternal, casi divina, entre Bielorrusia, Ucrania y Rusia.

Relaciones exteriores entre la Federación Rusa y Transnistria

En el presente caso, vamos a repasar algunos ejemplos de las relaciones entre la Federación Rusa y la región moldava de Transnistria para trazar el tipo de intereses que incitan la política exterior rusa en esta región de Europa. Para ello, emplearemos el modelo de las tres *Ds* (diplomacia, desarrollo y defensa) de Hillary Clinton, que nos ayudará a comprender en qué ámbitos se coopera y qué puede motivar política exterior rusa hacia este territorio de Europa Central.

El caso de Transnistria es distinto al de Crimea, ya que la Federación Rusa no se ha involucrado de lleno en el proceso de separación. Es posible, como sostienen algunos autores, que aun un no haya perseguido la adhesión de Transnistria a su territorio porque Moldavia tiene un gobierno que hasta cierto punto representa y defiende los intereses del Kremlin. En el caso de Crimea vimos como de la noche a la mañana desaparecía el gobierno rusófilo de Yanukovich y era derrocado por un gobierno que parecía interesado en promover y proteger los intereses del estado vecino. El inminente miedo a perder control sobre las minorías rusas en Ucrania, a arriesgar la flota del Mar Negro, a perder control sobre un punto estratégico como es el puerto de Sebastopol, no estaba en los planes de la Federación Rusa, lo que de alguna manera llevaron a la anexión. Anexión que en el caso de Transnistria no se ha dado porque Moldavia es uno de los estados más inestables de Europa, lo que da a Rusia un cómodo margen de maleabilidad. No obstante, Rusia no ha hecho caso omiso al espíritu separatista y pro-ruso de esta pequeña región moldava, entre otros motivos, por el camino que han seguido las negociaciones entre la UE y Moldavia sobre la futura incorporación de este Estado post-soviético a la organización. A través de diversos proyectos de cooperación se ha ido perfilando una política exterior rusa encaminada a fomentar la continuidad de este espíritu en Transnistria, un ejemplo que puede arrojar luz sobre los intereses que puede tener Rusia respecto a este pequeño territorio.

Para situarnos, la región separatista de Transnistria se encuentra a orillas del río Dniéster y limita al oeste con Moldavia y al este con Ucrania. En pleno caos post-soviético, Transnistria proclamó de facto la independencia de su territorio en 1990, lo que desencadenó la guerra civil de 1992, coincidiendo con la independencia de Moldavia y su adhesión a las Naciones Unidas. Moldavia no reconoce la

independencia de Transnistria y oficialmente forma parte de Moldavia como la región autónoma de Stînga Nistrului. Este enclave tiene un territorio de 4163 km² de extensión y según el último censo de 2004, su población asciende a los 555,347 habitantes, de los cuales un 31.9 % son moldavos, un 30.4 % rusos, un 28.8 % ucranianos y el 8.9 % restante los conforman minorías de origen búlgaro, polaco, judío y alemán. Según estas mismas estadísticas, el 91 % de la población de Transnistria profesa la religión Ortodoxa, lo que tiene una enorme importancia como vínculo espiritual hacia la Federación Rusa y hacia todas las comunidades Ortodoxas que predominan en la región (Rowland, 2009).

Hoy en día Transnistria se considera uno de los conflictos congelados que emergieron de la disolución de la Unión Soviética. La presencia de minorías rusas junto a la expansión de la OTAN y la UE hacia el espacio post-soviético han llevado a que la Federación Rusa encuentre una justificación para incrementar presencia en esta pequeña región moldava que, a pesar de su neutralidad, es un importante eslabón de la política exterior que la Federación pretende ejercer sobre el espacio de los Estados de la CEI.

Podemos observar que no existe una mayoría acérrima de habitantes de etnia rusa en Transnistria, como ocurre en el caso de la Península de Crimea, por lo que el vínculo entre Transnistria y Rusia va más allá de la identidad eslava y puede estar ligado a una identidad más nacional y multicultural en vez de una identidad puramente étnica. Por tanto estamos ante un ejemplo de política exterior distinto al de Crimea, en el que el sentimiento eslavo se deja de lado para poder abarcar la variedad de identidades que conviven en esta región. Lo interesante es que, en este caso, la religión Ortodoxa parece ser un importante nexo de unión, por lo que vemos una gestión de la multiculturalidad muy distinta a la que se hizo durante la Unión Soviética y que parece acercarse más al Rus Moscovita.

En el ámbito de la cooperación en defensa, la Federación Rusa desde la firma del Tratado de Jassy en 1791, está acostumbrada a tener una fuerte presencia militar en la región en la que hoy se encuentra Moldavia (Sozen). Actualmente, esta se limita a la región de Transnistria, algo que el estado moldavo ha denunciado con cierta timidez en varias ocasiones. Durante la guerra civil de 1992 el 14º ejército de la Federación Rusa participó activamente a favor de los separatistas. Desde entonces la Federación

Rusia ha mantenido una base militar en Transnistria, a pesar de comprometerse en la Cumbre de Estambul de la OSCE de 1999 a retirar sus tropas (Hill, 2002). Rusia alega que las tropas que tiene desplegadas en territorio Moldavo son fuerzas de mantenimiento de la paz, que es la misma justificación empelada en Ucrania y Georgia.

Como subraya Mihai Gribincea, Moscú de cara a la comunidad internacional intenta mostrarse favorable hacia la retirada de las tropas rusas, no obstante, paralelamente se negocian acuerdos para intentar prolongar la estancia, como ocurrió en el caso del Memorandum Kozak, que pretendía, entre otras cosas, extender el plazo de ocupación de las tropas rusas en Transnistria hasta el 2027 (Gribincea, 2006). No obstante, en 2005, a raíz de las bases militares que EEUU establece en Rumania y Bulgaria, sumado a los proyectos de integración europea hacia el Este de Europa y el escudo anti-misiles de la OTAN, la Federación Rusa empieza a apoyar explícitamente a Transnistria. La justificación que se ha empleado desde entonces es que Rusia no puede permitir la retirada de sus tropas militares y de mantenimiento de paz a la luz de los planes de expansión de la OTAN y la UE hacia su patio trasero (Mankoff, 2009:171). Por tanto, Rusia percibe una creciente vulnerabilidad frente a las intenciones que cree que Occidente pueda tener hacia esta región, y utiliza ese dilema de seguridad para justificar el incremento de su presencia militar en Transnistria, una política exterior en materia de defensa que parece responder a la identidad contrastiva.

Si analizamos el ámbito de la diplomacia, vemos que en el caso de la relaciones Rusia-Transnistria destaca la diplomacia cultural, y sobre todo aquella canalizada a través de la educación. En Transnistria desde 1992 se ha tratado promover un sistema educativo basado en factores de diferenciación étnicos y lingüísticos y en el rechazo al sistema educativo Rumano. En el 2004 el gobierno de Transnistria comenzó a cerrar colegios de secundaria de lengua Rumana, algo que Rolf Ekeus, representando al Alto Comisionado de la OSCE para las Minorías Nacionales, tachó de limpieza lingüística (Roper, 2005). Como sabemos, la lengua es un importante símbolo cultural y en el caso de Transnistria es un denominador común. Como indica Kaufman, los rusoparlantes de Transnistria no son un grupo étnico en esencia, sino que son una coalición de intereses étnicos (Kaufman, 1996). Por lo que la lengua se emplea como instrumento político para fomentar la independencia de la región.

Además, siguiendo en el ámbito de diplomacia cultural, la Federación Rusa coopera estrechamente con el gobierno de Transnistria en materia de convenios académicos. Tenemos el ejemplo de la Universidad Estatal Pridnestrovian, situada en la capital de Transnistria, Tiraspol. En 1995 el centro pasó a formar parte de la Asociación de instituciones de estudios superiores de la Federación Rusa, lo que significa que se siguen los planes de estudios y el modelo educativo de Rusia, y que los títulos expedidos por el centro son válidos tanto en Transnistria como en la Federación Rusa. Este es un importante gesto de confianza entre Transnistria y Rusia, y un ejemplo de la presencia y la influencia que indirectamente ejerce la Federación sobre este territorio. Recordemos que la educación es una herramienta sustancial de la construcción de la identidad, y en el caso de Transnistria, el cierre de colegios Rumanos y la promoción de un sistema cultural ruso permite la continuidad del separatismo en esta zona de Moldavia, la exaltación del ideal ruso y, por tanto, la promoción de los intereses rusos en la región.

En lo que se refiere a desarrollo, podemos fijarnos en la cooperación entre Rusia y Transnistria en el ámbito económico, que aunque sea una medición un tanto básica de desarrollo es la forma de cooperación que más relevancia tiene en el caso de estas relaciones. El modelo económico de la región separatista es inestable y poco efectivo, su actividad se centra en la industria pesada heredada de la URSS, y su PIB depende peligrosamente de las exportaciones y de las remesas, lo que ha provocado un déficit permanente que no ha hecho más que empeorar desde 2008. Rusia asiste económicamente a Transnistria a través de ayudas indirectas, en forma de subsidios de gas concedidos por Gazprom (Calus, 2013), y utiliza esta deuda (que asciende a 3.8 mil millones de dólares) para fomentar la dependencia económica y energética no solo de Transnistria, sino también de Moldavia, ya que a falta de un reconocimiento de independencia, Moldavia es oficialmente responsable de dicha deuda (Popescu, 2012). Consecuentemente, el gas ruso se ha convertido en uno de los caudales de financiación más importantes del gobierno separatista de Transnistria. En cuanto a la ayuda directa, Rusia asiste económicamente a Transnistria a través de paquetes de ayudas en forma de créditos y ayuda humanitaria, aunque la crisis del rublo de 2014 obligo a reducir el presupuesto destinado a Transnistria, lo que puso de manifiesto la dependencia de Transnistria hacia el patrocinio económico de Rusia.

Vemos, por tanto, que el tipo de desarrollo promovido por la Federación Rusa en Transnistria no sigue un modelo sostenible, de desarrollo a todos los niveles que persigue la independencia económica de la región separatista, sino más bien sigue un patrón de supervivencia a corto plazo que genera una profunda relación de dependencia. La explicación que numerosos autores han encontrado en esta forma de cooperación es que la Federación Rusa busca federalizar Moldavia, algo que ya se intentó con el Memorandum Kozak, para que Transnistria sea el eje de los intereses rusos en el conjunto del estado Moldavo, que en los últimos años parece vacilar entre Occidente y Oriente (Popescu, 2012, Hensel y Gudim, 2004). Es decir, la Federación Rusa no busca una Moldavia fragmentada, sino que quiere una Moldavia que se mantenga fiel a los intereses del Kremlin.

Aplicando el estudio de la identidad contrastiva y la identidad eslava al (no) desarrollo económico fomentado por Rusia en Transnistria, podríamos deducir que Rusia asiste artificialmente a esta región por dos motivos. En primer lugar, respondiendo a su vocación por proteger las minorías rusas que viven en el espacio post-soviético, por consecuente la ayuda económica simbolizaría la puesta en práctica de las líneas estratégicas marcadas en las Doctrinas Militares y la Estrategia de Seguridad Nacional sobre esta cuestión. En segundo lugar, Transnistria y Moldavia forman parte del espacio vital post-soviético de Rusia, y a la luz de los proyectos de ampliación de la UE y la OTAN hacia esta región, Rusia busca mantener posición dominante en el Este de Europa y evitar que Occidente desajuste el equilibrio de poder que goza Rusia en la región. Por tanto, este tipo de desarrollo económico fomenta tanto el fervor pro-ruso como la dependencia hacia Moscú.

CAPÍTULO V

Conclusiones

Como hemos podido comprobar a través de este trabajo, el estudio de la identidad es una variable que puede ayudarnos a comprender el origen de la política exterior de los estados. Aunque los gobiernos no siempre manifiesten la identidad de forma explícita en sus documentos oficiales, podemos encontrar motivaciones identitarias en las acciones que desempeñan a través de sus políticas. En el caso de Rusia hemos visto que, a la luz de la diversidad identitaria, el Kremlin, para mantener la unión de *Todas las Rusias*, necesita exaltar moderadamente una u otra identidad en función del contexto y de los intereses y objetivos estratégicos que estén en juego. Hemos podido observar en los casos de estudio y en el análisis de los documentos oficiales que la identidad eslava y la identidad contrastiva desempeñan una importante labor en la construcción de la política exterior rusa y sus consecuentes intereses y objetivos estratégicos.

Dado que en muchas ocasiones encontramos rasgos identitarios de forma implícita, en futuros análisis sería interesante adentrarse en el estudio de los discursos políticos, para observar si en la retórica y narrativa de los líderes rusos hay rasgos relacionados con este tipo de identidades (en nuestro caso sería especialmente relevante analizar la identidad eslava y la contrastiva). También creemos que en futuras investigaciones se debería abordar la cuestión de los símbolos y los emblemas nacionales para adquirir un análisis más completo.

Aunque el estudio de la identidad este empezando a ganar terreno en el ámbito de las Relaciones Internacionales, continua siendo una concepción relegada al estado y la nación, cuando, como hemos podido comprobar, su composición abarca un sinnúmero de características tanto sociales como personales. Si las raíces intervienen en la construcción de los intereses que un Estado persigue en el exterior, y pueden modificar las percepciones sobre qué amenaza o pone en peligro esos intereses nacionales, es importante que la formación de la identidad y el estudio de estas raíces se conviertan en temas centrales de las Relaciones Internacionales

Por otro lado, de nuestro estudio más específico sobre Rusia podemos extraer las siguientes conclusiones. En primer lugar, que la política exterior de la Federación Rusa no solo la alimentan cuestiones relacionadas con la identidad eslava o

contrastiva, sino que también es producto del complejo contexto nacional, regional e internacional al que se ha tenido que enfrentar desde la desintegración de la URSS. Además, el recorrido que hemos hecho sobre los dilemas de seguridad rusos y las tensiones con Occidente, nos ha revelado que a partir de 1991 justificar la existencia de la Federación Rusa y evitar una inminente ola separatista se convierte en un gran desafío para este Estado. Así, la gestión de la multiculturalidad, de todas sus identidades, de *Todas las Rusias*, se convierte en un elemento primordial para evocar la unidad nacional. Asimismo, el análisis de las Doctrinas Militares y de la Estrategia de Seguridad Nacional nos ha mostrado cómo cambia el carácter de la política exterior con la llegada de Putin. Hemos podido ver cómo los intereses y objetivos han evolucionado según el contexto, y como la narrativa se ha endurecido según cambiaban las relaciones con Occidente. No obstante, también ha sido bastante revelador observar como en todos los documentos analizados siempre hemos encontrado en mayor o menor medida rasgos relacionados con la identidad eslava y la identidad contrastiva, lo que nos indica que estos elementos identitarios no son transitorios, si no que tienen una determinada continuidad.

Además, a través de nuestros casos de estudio sobre Crimea y Transnistria hemos podido comprobar que la identidad contrastiva tiende expresarse más abiertamente que la identidad eslava. No obstante, en el caso de Crimea también hallamos una serie de intereses y objetivos estratégicos predominantemente eslavos. Estas discordancias nos muestran que la política exterior rusa es multidimensional y que los líderes exaltan una identidad u otra en función del contexto y de los intereses que estén en juego. Una vez más, esto responde a la diversidad étnica, cultural, lingüística y nacional de la Federación. El Kremlin tiene que idear una estrategia multicultural que maximice su poder y centralidad entre tanta diferencia. Así, vemos como se intenta labrar una imagen de Rusia como la madre patria de todas estas identidades; una idea que evoca a la época del Rus Moscovita.

Finalmente, nos hemos constatado de que uno de los elementos relacionados tanto con la identidad contrastiva como con la identidad eslava que más peso parecen tener en la configuración de la política exterior rusa es el elemento ortodoxo. En futuras investigaciones sería interesante estudiar el bizantinismo y la politización de la religión ortodoxa en relación con la política rusa, ya que parece ser un importante punto de convergencia entre todas las identidades rusas.

De alguna manera este trabajo nos ha ayudado a romper con los estereotipos que simplifican el carácter de la política exterior rusa. Creemos que la comprensión del origen de determinadas actitudes puede ser un paso importante hacia la confianza. Hemos visto como las ambiciones y preocupaciones de la Federación Rusa no son producto de impulsos animales, sino que tienen un trasfondo histórico, cultural y espiritual que merece la pena investigar. Así, concluimos este trabajo con la célebre reflexión de Mijaíl Lermontov, quien dijo: yo estaba dispuesto a amar al mundo, pero nadie me entendía, así que aprendí a odiar (Lermontov, 1966:110).

Bibliografía

- Allison, R., & Bluth, C. (1998). *Security dilemmas in Russia and Eurasia*. Royal Institute of International Affairs, Russia and Eurasia Programme.
- Anderson, B. (1991). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de cultura económica, México ed. 1993, p.23-25.
- Antonenko, O. (2008). Medvedev's Choice. *Survival: Global Politics and Strategy*. 50 (2), p.25-31.
- Asmus, R. (2009). *A Little War that Shook the World. Georgia, Russia, and the Future of the West*. Palgrave Macmillan, p.7.
- Becker, H. S., & Carper, J. W. (1956). The development of identification with an occupation. *American Journal of Sociology*, p.289-298.
- Berenskoetter, F. (2010). Identity in international relations. *The international studies encyclopedia*, p.3594-3611.
- Berger, P. (1966). Identity as a problem in the sociology of knowledge. *European journal of sociology*, 7(01), p.105-115.
- Blank, S. J. (Ed.). (2011). *Russian Military Politics and Russia's 2010 Defense Doctrine*. Strategic Studies Institute.
- Blitt, C. R. (2011) Russia's "Orthodox" Foreign Policy: The Growing Influence of the Russian Orthodox Church in shaping Russia's Policies Abroad. *University of Pennsylvania Journal of International Law*, Vol. 33:2, p.364-366.

- Bloom, W. (1993). *Personal identity, national identity and international relations* (Vol. 9). Cambridge University Press.
- Brewer, M. B. (1991). The social self: On being the same and different at the same time. *Personality and social psychology bulletin*, 17(5), p.475-482.
- Brian-Chaninov, N. (1944). *Historia de Rusia*. Cultura Histórica, p.26.
- Bushkovitch, P. (1986). The Formation of a National Consciousness in Early Modern Russia. *Harvard Ukrainian Studies*, p.355-356.
- Buzan, B., & Hansen, L. (2009). *The evolution of international security studies*. Cambridge University Press.
- Campbell, D. (1992). Writing security. *United States Foreign Policy and the Politics of Identity*, Minneapolis, Minn.
- Castells, M. (1997). La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen 2: el poder de la identidad. Alianza Editorial, p.29.
- Castells, M. (2003). El poder de la identidad. Publicado en El País. Madrid, 18 febrero 2003. Recuperado el 16 de enero de 2015 en: <http://www.globalizacion.org/opinion/CastellsNacionalismo.htm>.
- Cerulo, A. K. (1997). *Identity Construction: New Issues, New Directions*. Annual Review of Sociology 23, p.385-409.
- Chaadev, P. (1836). *Philosophical Letters Adressed to a Lady*, Teleskop. Recuperado el 11 de noviembre de 2014 en: http://academic.shu.edu/russianhistory/index.php/Petr_Chaadaev,_First_Philosophical_Letter.

- Chizhevski, D. (1967). *Historia del espíritu ruso*. Alianza Editorial.
- Clinton, H. R. (2010). Leading through civilian power: Redefining American diplomacy and development. *Foreign Affairs*, p.13-24.
- Duncan, P.S. (2005). *Contemporary Russian Identity between East and West*. *Historical Journal*, 48 (1) p.283-284.
- Dwan, R., & Pavliuk, O. (Eds.). (2000). *Building Security in the New States of Eurasia: subregional cooperation in the former Soviet Space*. ME Sharpe.
- Fearon, J. D. (1999). What is identity (as we now use the word). *Unpublished manuscript, Stanford University, Stanford, Calif.*
- Franklin, S., & Widdis, E. (Eds.). (2010). *National identity in Russian culture: an introduction*. Cambridge University Press, p. 3.
- Freire, M. R. (2009). Russian policy in Central Asia: supporting, balancing, coercing, or imposing?. *Asian perspective*, p.125-149.
- Freire, R. (2014). Relaciones Rusia-EU-Ucrania. Universidad Pontificia Comillas, Madrid. 24 noviembre (paper).
- Giddens, A. (1991). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Ediciones Península. Ed: 1995, p.294.
- Giles, K. (2009). Russia's national security strategy to 2020. *NATO Defense College*.
- Goffman, E. (1963). Stigma: Notes on a spoiled identity. *Jenkins, JH & Carpenter*.
- Gribincea, M. (2006). Russian Troops in Transnistria—a Threat to the Security of the Republic of Moldova. *Institute of Political and Military Studies, Chişinău*, 5.

- Grier, P. T. (2003). The Russian Idea and the West. *Russia and Western Civilization: Historical and Cultural Foundations*. Armonk, New York: ME Sharpe, p.23-77.
- Grier, P.T. (2003). *Russia and Western Civilization: The Russian Idea and the West*, M.E Sharpe. p.24.
- Grier, P.T. (2003). *Russia and Western Civilization: The Russian Idea and the West*, p.23-24.
- Grier, P.T. (2003). *Russia and Western Civilization: The Russian Idea and the West*, p.23-25.
- Grier, P.T. (2003). *Russia and Western Civilization: The Russian Idea and the West*, p.36-51.
- Hensel, S., & Gudim, A. (2004). Moldova's economic transition: slow and contradictory. *The EU and Moldova. On a Fault-line of Europe*. Federal Trust. London.
- Hill, W. (2002). Making Istanbul a reality: Moldova, Russia, and withdrawal from Transdnistria. *Helsinki Monitor*, 13(2), 129-145.
- Hopf, T. (Ed.). (2010). *Understandings of Russian foreign policy*. Penn State Press, p.11.
- Hurd, I. (2008). Constructivism. *The Oxford Handbook of International Relations*, p.298-316.
- Ibíd. Bova, p.13.
- Ibíd. Bushkovitch p.356.
- Ibíd. Cerulo, p. 385-409.
- Ibíd. Chizhevski, p.103.

Ibíd. Franklin et. Widdis p. 14-15.

Ibíd. Franklin et. Widdis, ch. 5.

Ibíd. Franklin et. Widdis, p.33.

Ibíd. Plokhy, p. 160.

Jonson, L. (2004). Russia and Central Asia. En *Central Asian Security: The New International Context*. Brookings Institution Press, p.98-102.

Kagarlitsky, B. (2002). *Russia under Yeltsin and Putin: Neo-Liberal Autocracy*, p.205.

Kaufman, S., (1996). Spiraling to ethnic war: elites, masses, and Moscow in Moldova's civil war. *International Security* 21, p.108-138.

Kremlin (2014). Adress by the President of the Russian Federation. Recuperado el 25 de abril de 2015 en: <http://en.kremlin.ru/events/president/news/20603>.

Kuchins, A. C., & Zevelev, I. A. (2012). Russian foreign policy: continuity in change. *The Washington Quarterly*, 35(1), p.147-161.

Laitin, D. D. (1998). *Identity in formation: The Russian-speaking populations in the near abroad* (Vol. 22). Ithaca, NY: Cornell University Press.

Lebow, R. N. (2008). Identity and international relations. *International Relations*, 22(4), p.473-492.

Ledeneva, A. V. (1998). *Russia's economy of favors: Blat, networking and informal exchange* (Vol. 102). Cambridge University Press.

Lermontov, M. (1966). A Hero of Our Time, trans. *Marian Schwartz* (New York: *Modern Library*, 2004), 18, p.110.

- Lester, J. (1995). *Modern tsars and princes: The struggle for hegemony in Russia*. Verso.
- Lieven, A. (1998). *Chechnya: Tombstone of Russian Power*, Yale University Press, p.376-377.
- Mackinder, H. J. (2004). The geographical pivot of history (1904). *The geographical journal*, 170(4), p.298-321.
- Mankoff, J. (2009). *Russian Foreign Policy. The Return of Great Power Politics*. Rowman & Littlefield Publishers, INC, p.12-13.
- Mankoff, J. (2009). *Russian foreign policy: the return of great power politics*. Rowman & Littlefield Publishers.
- March, L. (2011). Is Nationalism Rising in Russian Foreign Policy? The Case of Georgia. *Demokratyzatsiya*, vol. 9, issue 3, p.190.
- March, L. (2011). Is Nationalism Rising in Russian Foreign Policy? The Case of Georgia. *Demokratyzatsiya*, vol. 9, issue 3, p.187.
- Mearsheimer, J. J. (2014). Why the Ukraine Crisis Is the West's Fault: The Liberal Delusions That Provoked Putin. *Foreign Affairs.*, 93, p.77.
- Menon, R. (1995). In the Shadow of the Bear: Security in Post-Soviet Central Asia. *International Security*, p.149-181.
- Menon, R., & Motyl, A. J. (2011). Counterrevolution in Kiev: Hope Fades for Ukraine. *Foreign Affairs*, p.137-148.
- Molchanov, M. A., & Molchanov, M. (2002). *Political culture and national identity in Russian-Ukrainian relations*. College Station: Texas A&M University Press, p.59.

- Molchanov, M. *Bilateralism and Security in Russian-Ukrainian Relations: Interpreting Political Cultures*. UNU/IAS Working Paper, 37. Recuperado el 20 de noviembre de 2014 en: http://www.researchgate.net/publication/237561181_Bilateralism_and_Security_in_Russian-Ukrainian_Relations_Interpreting_Political_Cultures
- Monaghan, A. (2013). The New Russian Foreign Policy Concept: Evolving Continuity. *Russia and Eurasia REP*, 3.
- Neumann, I. B. (1996). *Russia and the idea of Europe: a study in identity and international relations* (Vol. 3). Psychology Press.
- Palacios, J. M., & Arana, P. (2002). Doctrina militar rusa: herencia soviética, realidades postsoviéticas, perspectiva europea. *Revista CIDOB d'afers internacionals*, p.81-103.
- Pirie, P. S. (1996). National identity and politics in Southern and Eastern Ukraine. *Europe-Asia Studies*, 48(7), p.1079-1104.
- Plokhy, S. (2010). *The Origins of the Slavic Nations. Premodern Identities in Russia, Ukraine and Belarus*. Cambridge University Press, p.2-3.
- Popescu, N. (2006). 'Outsourcing' de facto statehood: Russia and the secessionist entities in Georgia and Moldova. *CEPS Policy Briefs*, (1-12), p.1-8.
- Popescu, N., & Litra, L. (2012). Transnistria: A bottom-up solution. *ECFR Policy Brief*, Recuperado el 27 de mayo de 2015 en: http://ecfr.eu/page/-/ECFR63_TRANSNISTRIA_BRIEF_AW.Pdf.
- Priego, A. (2014). ¿Crimea, possessio o proprietas? *Razón y Fe*, t. 269, 1387-1388, p.457-469.

- Pushkov, A. (2005). Putin at the helm. En What Russia See's (Ed. Dov Lynch) *Institute of Security Studies*, 74, p.45-58.
- Rengger, N. J. (1997). The Return of Culture and Identity in IR Theory Yosef Lapid and Friedrich V. Kratochwil, eds. Boulder: Lynne Rienner, 1996, pp. viii, 255. *Canadian Journal of Political Science*, 30(01), p.199-200.
- Roper, S. D. (2005). The politicization of education: Identity formation in Moldova and Transnistria. *Communist and Post-Communist Studies*, 38(4), p.501-514.
- Rowland, R. H. (2009). Population Trends in Europe's Poorest Country: Results of the Most Recent Census of Moldova. *Eurasian Geography and Economics*, 50(4), p.480-495.
- Sandler, S. (2004). *National identity in Russian culture: an introduction*. Ch.11 Pushkin and identity. Cambridge University Press, p. 201.
- Schouten, P (2007). Teoría social de la política internacional: Alexander Wendt y el constructivismo social en las relaciones internacionales. *Universidad Complutense de Madrid*.
- SCRF (2000). *Voyennaya Doktrina Rossiyskoy Federatsii* (Doctrina Militar de la Federación Rusa). Recuperado el 21 de abril en: nvo.ng.ru/wars/2000-04-28/4_doctrine.html, versión en inglés disponible en: www.Armscontrol.org/act/2000_05/dc3ma00.
- SCRF (2009). *Estrategia de Seguridad Nacional de la Federación Rusa hasta 2020*, 12 de mayo, accedido en <http://www.scrf.gov.ru/documents/99.html>.

- SCRF (2010). *Voyennaya Doktrina Rossiyskoy Federatsii* (Doctrina Militar de la Federación Rusa), 5 de febrero, accedido en www.scrf.gov.ru/documents/33.html.
- SCRF (2014). Agreement on the accession of the Republic of Crimea to the Russian Federation signed. Accedido el 22 de mayo de 2015 en: <http://en.kremlin.ru/events/president/news/20604>.
- Semenenko, I. (2013). *The Quest for Identity. Russian Public Opinion on Europe and the European Union and the National Identity Agenda*. Perspectives on European Politics and Society. Vol. 14:1, p.105.
- Semenenko, I. (2013). The Quest for Identity. Russian Public Opinion on Europe and the European Union and the National Identity Agenda. *Perspectives on European Politics and Society*, 14(1), 102-122. p.103.
- Service, R. (2003). A History of Modern Russia. From Nicholas II to Putin. *Penguin*, 2ª edición revisada.
- Shapovalova, N. (2014). The politics of regionalism and decentralisation in Ukraine. FRIDE, p.183.
- Sheehan, M. (2012). Military Security. In Collins, A. (Ed.), *Contemporary security studies*. Oxford University Press.
- Shlapentokh, D. (2013). The Death of the Byzantine Empire and Construction of Historical/Political Identities in Late Putin Russia. *Journal of Balkan and Near Eastern Studies*, 5:1, p.70.

- Simão, L., & Freire, M. R. (2008). The EU's Neighborhood Policy and the South Caucasus: Unfolding New Patterns of Cooperation. *Caucasian Review of International Affairs*, 2(4), p.47-61.
- Snyder, J. L. (1977). *The Soviet Strategic Culture: Implications for Limited Nuclear Operations* (pp. 6-2). Santa Monica: Rand.
- SÖZEN, Z. A. The Russian Black Sea Fleet in Istanbul (1798). *Geopolitical*, 7.
- Stuart, T., D. (2008). The Oxford Handbook of International Relations. Part V: Foreign-Policy Decision-Making. Oxford University Press, p.588-591.
- Tishkov, V. (2008). The Russian People and National Identity. *Russia in Global Affairs*, 3. Recuperado el 19 de noviembre de 2014 de: http://eng.globalaffairs.ru/number/n_11287
- Tolz, V. *Russia*. Bloomsbury Publishing (ed. 2001), capítulos 1-4.
- Tsygankov, A. (2014). *Contested Identity and Foreign Policy: Interpreting's Russia's Internal Choices*. *International Studies Perspectives*, 15, p.23-24.
- Tsygankov, A. P. (2014). Contested identity and foreign Policy: interpreting Russia's international choices. *International Studies Perspectives*, 15(1), p.19-35.
- Tuminez, A. (2000). *Russian Nationalism and Vladimir Putin's Russia*.
- Wendt, A. (1992). Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics. *International Organization*, 46(2), p.391-425.
- Wendt, A. (1994). Collective identity formation and the international state. *American political science review*, 88(02), p.384-396.
- Wendt, A. (1999). *Social theory of international politics*. Cambridge University Press.

White, S., McAllister, I., & Feklyunina, V. (2010). Belarus, Ukraine and Russia: east or west?. *The British Journal of Politics & International Relations*, 12(3), p.344-367.

Widdis, E. (2004). *National Identity in Russian Culture: Russia as Space*. Cambridge University Press, p. 33-35.